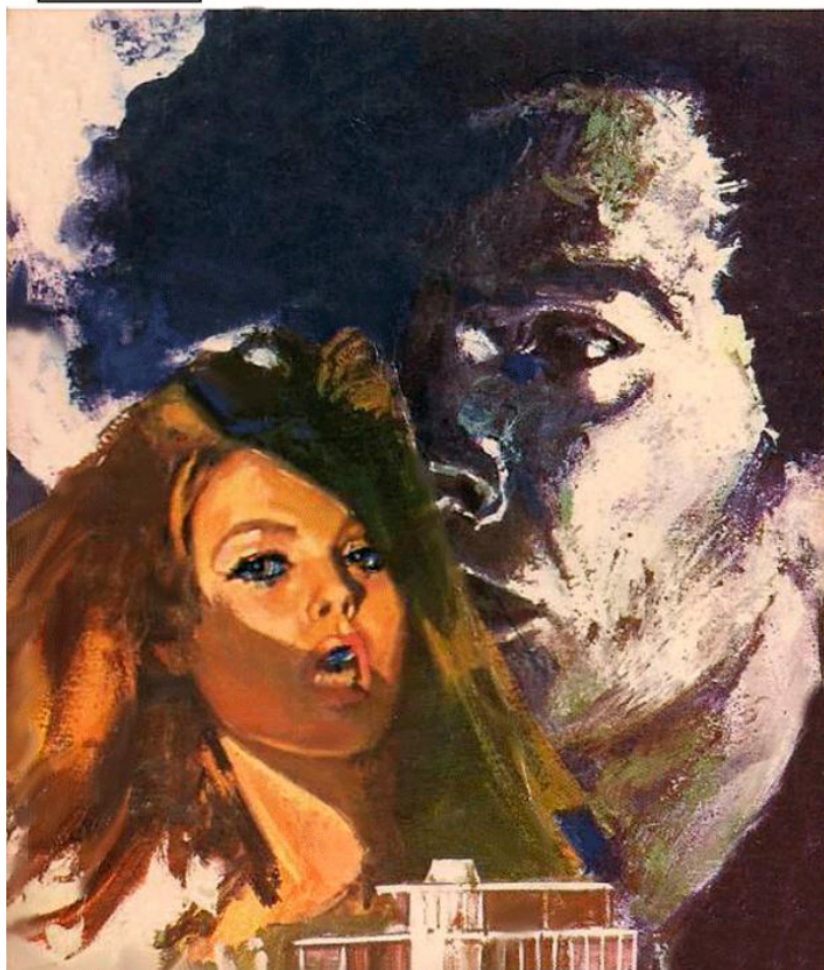


BOLSILEROS BRUJERA
PUNTO
ROJO

alguien acecha en la sombra

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

**ALGUIEN ACECHA
EN LA SOMBRA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 567
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Dépósito legal: B 1.276 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1973

© VIC LOGAN, 1973

texto

© JORGE NUÑEZ, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Sakeswan, a 20 kms de St. Louis, estado de Missouri.

Un sábado cualquiera. Primavera.

La señora Curtenay estaba terminando la limpieza habitual, en un sábado poco corriente, porque en los sábados normales, su esposo Don Curtenay solía hallarse en casa, pero no había sido así en ese último fin de semana. El día anterior el matrimonio Curtenay había regresado de pasar un par de días de vacaciones para celebrar su vigésimo cuarto aniversario de boda. Don Curtenay había dejado algún trabajo pendiente en la oficina de la fábrica y quería revisarlo personalmente, porque era hombre metódico que si bien confiaba en sus subalternos, estaba acostumbrado de siempre, a revisar hasta los más mínimos detalles.

Don se había levantado tan temprano como de costumbre. Aggie, su esposa, no. Ella se concedió unas horas más de vacaciones para evocar aquel par de días en que ambos rememoraron la efemérides de la boda. Dos días inolvidables para Aggie, porque Aggie seguía tan enamorada de su marido como el mismo día de su boda. Y no digamos de Don, porque Don, trabajo aparte, seguía desviviéndose por su mujer. Buena prueba de ello era la nueva casa. Aquella villa en la nueva zona residencial de St. Louis, poco habituada todavía, pero llena de comodidades, de su espacioso jardín, de su piscina...

Todo era fruto del incansable Don, que a fuerza de mucho trabajo había conseguido ser el propietario de la pequeña fábrica en la que empleaba hasta una treintena de personas.

Los Curtenay no eran ciertamente ricos, pero podían permitirse vivir con holgura, y en el hogar, la verdad es que no faltaba ningún detalle que no estuviese encaminado a proporcionar el máximo de confort y bienestar. La señora Curtenay tarareaba una tonadilla que otrora hiciera famosa Sinatra.

Peggie, la hija de Don y de Aggie, aprovechaba el asueto del fin de semana para bañarse en la piscina climatizada de la parte trasera de la casa. La televisión funcionaba por pura costumbre. Cuando Aggie se levantaba solía ponerla en marcha como si formara parte de lo cotidiano. No reparaba en ella si no daban un programa que le interesara y por la mañana no solían dar nunca nada que valiese la molestia de verlo.

Pero Aggie si no tenía el televisor encendido parecía faltarle algo.

Oía las palabras sueltas sin escucharlas. Era como si la voz del locutor fuese tan familiar para ella que incluso formase parte de los pequeños ruidos del hogar, siempre habituales aunque no se repare en ellos.

Y el locutor seguía hablando.

A Aggie le pareció que estaban dando la crónica de sucesos, pero al principio no hizo el menor caso y comentó para sí:

—Pero si no es la hora...

Peggy, zambullida en el agua climatizada, evolucionaba perfeccionando su muy buen estilo.

Peggy era maestra de la escuela primaria, y había pasado la noche anterior corrigiendo un montón de cuadernos. Ahora tenía la mañana libre. Allí, sobre una silla bajo un toldo en el césped descansaban los periódicos de la mañana y las revistas que la familia solía comprar semanalmente.

En uno de los periódicos había grandes titulares.

Peggy salió del baño y tomó la toalla para secarse.

Luego eligió una revista para tumbarse al césped y leer mientras tomaba el sol.

Al coger el semanario fijó los ojos en los titulares del matutino y sus ojos se agrandaron.

En aquel preciso instante, su madre, Aggie Curten ay dejó de hacer funcionar la aspiradora y captó parte de lo que estaba diciendo el locutor de televisión:

«... Con éste es el tercer asesinato...»

Un asesinato siempre es causa de sorpresa, aunque en los últimos tiempos, en todo el país, hablar de crímenes fuera cosa poco menos que corriente.

Pero es que además el locutor nombró la carretera de Grosvenor

a St. Louis... ¡Y ella había estado en un motel de aquella carretera!

Su atención se volcó materialmente sobre la pantalla y aún pudo captar el resumen que el locutor hizo del comentario.

«La víctima —decía el de la televisión— como se ha dicho, es otra muchacha joven. Virginia Stephenson, de 23 años, que como las anteriores, fue encontrada en su cama, asesinada brutalmente. No cabe duda —seguía el locutor— de que nos hallamos ante el mismo tipo de crimen, perpetrado por la misma persona: Un maníaco». Y por último, el locutor terminó:

«Virginia Stephenson, al igual que las anteriores víctimas del maníaco, se hallaba sola en su casa, y todo de la sensación de que el referido criminal “conoce” a las muchachas a las que piensa eliminar. Y de ser cierta esta hipótesis de la policía, cabría lanzar la voz de alerta a las muchachas que viven solas o que por necesidad de sus familiares tengan que pernoctar sin compañía en sus domicilios. ¡Cuidado! ¡Desconfíen de todos! El asesino podría ser un amigo ocasional, alguien que inspira confianza. Alguien que puede estar acechando el momento oportuno, casi detrás de su puerta... Mucho cuidado. Ésta es la recomendación que les hace la policía y que naturalmente les brinda la mejor marca de productos...». Aquí la señora Curtenay cerró el televisor. Odiaba que se mezclaran noticias tan dramáticas con la propaganda de productos de consumo.

—¡Dios mío! —exclamó.

Casi en el mismo momento entraba la hermosa Peggy con el diario en la mano.

—¡Mamá, mamá! ¿Has leído esto?

La señora Curtenay leyó el periódico:

«Se supone que el asesinato se produjo alrededor de la medianoche, en el parque residencial de Chabrook, a sólo dos kilómetros del motel La Estrella...»

—¡Cielos! ¿No es donde estuvisteis vosotros? —inquirió Peggy.

—Sí, hija —admitió Aggie—. ¿Cómo... cómo podía suponer que mientras tu padre y yo estábamos todavía bailando en la sala de fiestas del motel, una pobre muchacha estaba sufriendo a manos de un...? ¡Oh, Dios mío!

—Pero, mamá... ¿Es que no te acuerdas de Virginia Stephenson?

—¿Virginia...?

—Te la presenté hace un mes... Quería hacer oposiciones para entrar en la escuela primaria.

—¡Santo cielo! ¿Te refieres a...? ¡Oh, sí! Ya lo recuerdo. Estuvo aquí con Richard y Tony... Y hasta bailasteis usando el nuevo tocadiscos...

Peggy se dejó caer en una silla.

—¡Virginia! ¡Dios mío! No puedo creerlo... Y sus padres... Estarán deshechos. Tendré que ir a visitarles.

—Es mejor que no vayas sola. Será muy desagradable. Yo... Yo te acompañaré. O mejor, que espere a que venga tu padre. Dijo que hoy estaría aquí para el almuerzo.

—Llamaré a Richard. Sé que no le gusta que le llame cuando está en el taller, pero tratándose de una cosa así...

—Sí, llámale. El también conocía a Virginia, ¿no?

—Sí. Y habíamos salido un par de veces, con Tony.

—Ese Tony y Virginia... ¿Iban juntos? —preguntó la madre de Peggy.

—¡Oh, no! Virginia no quería atarse todavía... quiero decir que no quería salir en serio con ningún muchacho. No lo hacía por coquetería, no creas. Decía que primero quería hacer algo por sí misma antes de poner voluntad a nadie. ¡Y ahora estaba a punto de tener un puesto en la escuela! ¡Dios mío! Todavía no lo puedo creer.

Peggy salió disparada hacia el teléfono para ponerse en comunicación con Richard. Richard era su prometido y tenía un pequeño taller de reparación de automóviles. Le gustaban con delirio los coches, y repararlos, para él, más que una profesión era un *hobby*.

A Aggie le pasaron las ganas de continuar con la limpieza, si bien poco le quedaba por hacer.

Entonces, deambulando como quien no se ha centrado todavía tras una mala noticia, encontró la postal.

Una postal de Canadá que casi tenía olvidada aunque había llegado tres días antes, justo la víspera de las cortas vacaciones universitarias.

La volvió maquinalmente, aunque sabía de sobra lo que decía:

«Vendré a haceros una visita porque creo que tengo derecho a conocer al resto de la familia, y porque

*después de tantos años, tú y yo, hermano, nos
debemos un abrazo.*

»Mike«.

Mike era el hermano de Don, el cuñado que Aggie no había conocido nunca.

Dejó la postal donde estaba, mientras su hija terminó de hablar por teléfono, y alzando la voz dijo:

—Richard acaba de leerlo en el periódico ahora mismo, mamá. Dice que pensaba venir a buscarme. No tardará. Voy a vestirme.

—De acuerdo, hija.

Peggy corrió de nuevo hacia la piscina para recoger la toalla y encaminarse hacia la cabina de la ducha.

Se quitó el bañador y dejó que el agua fresca chorreara brevemente por su cuerpo. No tardó demasiado porque no quería perder tiempo. Deseaba estar lista tan pronto como su prometido estuviera allí con el coche.

Salió secándose la piel. Lo hizo con toda tranquilidad porque sabía que en aquella parte de la casa nadie podía verla, a menos que entraran expresamente por la parte lateral.

Entonces se detuvo el coche.

Era un descapotable formidable, blanco, un «Cadillac», y al volante iba un hombre de tez tostada y aspecto sonriente. Era un individuo vestido de forma deportiva que aparentaba unos treinta y tantos años.

—¡Eh! —gritó—. ¿No hay nadie en esta choza?

Y casi sin darse cuenta Peggy se lo encontró delante.

El hombre se quedó clavado en el suelo, mientras la muchacha se cubría apresuradamente.

—¿Quién... quién es usted? —inquirió.

—Pues yo... Bueno, si no, me he equivocado de casa... —se interrumpió al ver a Aggie que asomaba.

—¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre y qué quiere, hija? —inquirió Aggie.

—No... No lo sé.

—¡Oh! —sonrió el recién llegado—. ¡Claro! ¡No me esperabais! Yo soy Mike... Mike Curtenay... Bueno, y si no me equivoco, tú

debes ser Aggie y esta... ésta es mi sobrina Peggy. ¡Cielos! Pero yo no esperaba encontrar a una moza tan crecida —lanzó un silbido admirativo que casi hizo que la muchacha se ruborizase.

Luego añadió:

—Bueno. Vístete, sobrina. Anda... Y tú, Aggie, llama a mi hermano. ¿Dónde está ese golfante de Don?

Madre e hija cambiaron una mirada donde se mezclaba la sorpresa y el estupor.

En realidad ninguna de las dos conocía al recién llegado.

CAPÍTULO II

Aggie había hecho entrar en la casa a Mike, mientras Peggy se estaba vistiendo en su cuarto.

La situación era un tanto violenta, o mejor dicho, lo hubiese sido si el forastero hubiera permanecido mudo, pero Mike era un parlanchín de inagotable repertorio y parecía sentirse a sus anchas.

—Ya sé que esta situación es poco corriente... No tenéis ni una mala fotografía mía, y es que la verdad, yo siempre he sido reacio a que me retrataran. Oí decir alguna vez que de pequeño me asusté cuando los fotógrafos utilizaban todavía el magnesio. Desde entonces creo que he odiado siempre a los que han querido retratarme... ¡Y no será porque allá en el Norte no me hayan sacado fotos! Soy muy popular en los bosques... ¡Bueno, ya debes saberlo por mi hermano! ¡Oh, claro! Yo no escribo demasiado, la verdad es que soy muy perezoso para escribir. Pero ¿dónde diablos dijiste que estaba Don?

Y sin dar tiempo a su cuñada a que respondiera él mismo contestó:

—¡Oh, sí! En la fábrica... Trabaja incluso los sábados. Debería hacer como yo, tomarse unas vacaciones de tanto en tanto... Bueno, esto no es exacto, porque yo me he pasado quince años sin conocer más fiesta que los domingos y al principio ni siquiera esto. ¡Ah! Pero uno acaba por sentir añoranza de un hogar, de un verdadero hogar.

—¿No está usted casado? —preguntó tímidamente.

Aggie, sumergida en la verborrea implacable de su interlocutor.

—¡Pero, Aggie! ¿Me vas a llamar de usted?

—Perdone... Quiero decir perdona, pero es que la verdad... Todo ha sido tan imprevisto...

—Yo envié una postal...

—Sí, sí, claro, pero no dijo... No dijiste el día que vendrías.

—Bueno. Es que no estaba muy decidido. No es fácil tomar la determinación de largarse así de pronto. ¡Ah! Me preguntabas si estaba casado, ¿eh? Pues no. Ya ves a mis treinta y nueve años sigo sin compromiso. ¡Je! Quizá porque no he encontrado a una mujercita tan encantadora como el tunante de mi hermano.

Aggie sonrió un poco confusa por el cumplido.

No sabía exactamente lo que le ocurría, pero aquel hombre con su torrente de palabras, con su mirada escrutadora —hablaba siempre mirando de hito en hito— la confundía, la azaraba.

Para decir algo, Aggie preguntó lo primero que se le había ocurrido.

—¿Sólo tienes treinta y nueve años?

Y la pregunta no estaba desprovista de lógica porque la verdad es que el forastero parecía tener algunos menos. Tanto por su porte, como por su complexión y su aspecto ágil y dinámico aparentaba ser más joven pese incluso a su piel curtida, tostada, endurecida por el trabajo y la vida intensa.

—¡Je! Favor que me haces, cuñada. La verdad es que pronto cumpliré los cuarenta. ¿Es que no te ha dicho Don que nos llevamos ocho años? Él es el mayor, luego venía Simón, pero el pobre «cascó» cuando tenía veinte años. Un accidente.

—Sí. Eso sí me lo dijo Don. Pero hablamos poco de esto.

—Y de mí, por lo visto, no habláis nada. Bueno, lo tengo bien merecido por estar tanto tiempo apartado de la familia.

Aggie se levantó.

—Voy a llamar por teléfono a Don para decirle que... que estás aquí.

—No. No le molestes. Si tiene trabajo, primero es el trabajo. Éste ha sido siempre mi lema.

—Pero él tiene que saberlo.

Aggie se dirigió hacia el teléfono en el momento en que Peggy bajaba de las habitaciones del piso superior ya completamente vestida.

—¿A quién llamas, mamá? —preguntó Peggy.

Mike se había quedado mirando a la muchacha como embozado. Ella sintió aquella mirada por todo su cuerpo y carraspeó. Aggie volvió a sentirse embarazada de aquella situación, que sin embargo, fue el propio Mike quien rompió diciendo en tono más grave:

—No te molestes, Aggie... Antes de venir aquí llamé a tu marido a la fábrica.

—¿Eh? —A la mujer le extrañó lo que acababa de decir su desconocido cuñado.

—Sí. La verdad es que... yo también me sentía un poco incómodo de llegar sin conoceros a ti ni a Peggy. Tenía el número de la fábrica. Don me envió las señas hace tiempo y yo las conservo en mi agenda. Así que, preferí llamarle. Dijo que salía inmediatamente. Yo hice un poco de tiempo pensando que ya habría llegado. De todos modos ya no puede tardar. Porque la fábrica no está muy lejos, ¿verdad?

—Sólo a veinte kilómetros —contestó lentamente Aggie.

Por primera vez la situación se hizo tensa, con un silencio sepulcral que, aunque sólo duró un par de segundos, a todos les pareció eterno.

—Yo... Yo hablo como un charlatán —sonrió Mike—. Bueno... Lo hice para que no se produjeran situaciones como ésta, en las que nadie sabe qué decir.

—De todos modos —murmuró Aggie, deseosa de hacer algo—, volveré a llamar a Don. Si a ti te dijo que vendría enseguida... Me extraña que ya no esté aquí.

—No. Por favor, no le llames aún —y al decirlo empleó de nuevo aquella voz grave, casi trágica, como si se tratara de un comediante en el momento cumbre de una escena.

Enseguida su tono volvió a hacerse jovial.

—¡Ea! Se me olvidaba lo principal. Tengo algo para vosotros. Venid, venid. Está en el coche. ¡Regalos! Recuerdos de Canadá. Espero que os gusten.

Y como las dos mujeres permanecían inmóviles, Mike insistió con un ademán lleno de vitalidad.

—¡Vamos! Moveos. ¿No os gustan los regalos?

Instintivamente la mirada de Peggy se posó sobre la mesita donde había quedado el periódico con los titulares que daban cuenta del asesinato del maníaco.

También Mike pudo leer aquellos titulares, pero no les hizo el menor caso.

—Si no venís vosotras, pensaré que no queréis saber nada de mí. Si es así...

Dejó la continuación en el aire, pero enseguida Peggy atajó:

—Bueno, vamos, mamá... Tenemos que darnos prisa; Richard no puede tardar ya en llegar.

Aggie optó por hacer caso a su hija y la siguió. Mike sonriendo tomó la delantera y salió de la casa.

El coche estaba allí en la lateral, más cerca del ancho sendero que conducía a la piscina.

—¡Ahí están! —exclamó, abriendo el portaequipajes.

Soltó una carcajada y sacó un gran envoltorio. Cuando lo tuvo en la mano sus risas aumentaron.

—Desde luego soy un perfecto cretino. Figúrate que traje esto para ti —y lo dijo dirigiéndose a Peggy, que se mostraba un tanto aturdida, pero en todo momento expectante.

Mike de un manotazo quitó el papel de embalar que cubría el paquete, que no parecía tener un gran peso a pesar de lo mucho que abultaba.

Apareció un enorme oso felpudo. Una auténtica maravilla en su género, pero a todas luces desprovisto de lógica como un regalo a una muchacha casadera.

—¡Tanto hablar de la niña, de la niña que...! Seguía pensando que eras un bebé. Bueno, si no te gusta, tíralo.

Peggy sonrió tímidamente, pero al final acabó por tomar el oso de felpa. Mike ya estaba vuelto otra vez hacia el coche y sacó otro paquete, más pequeño, que también entregó a Peggy.

—Bueno, bueno —murmuró—. No soy tan idiota como aparento, ¿eh? Lo primero era una gracia... En realidad, se trata del regalo que te debía desde que supe que mi hermano me había hecho tío... Esto va en serio.

Cuando ella abrió el paquete se encontró con una magnífica cámara tomavistas, de fabricación canadiense.

—Tu padre me dijo que tenías novio formal, pensé que si os casabais, te gustaría tomar recuerdos para el futuro de vuestro viaje.

—Pero esto es excesivo —murmuró Peggy, ahora totalmente desconcertada.

—¡Vamos, vamos! Ahora le toca a la cuñada.

Sacó un paquete más pequeño todavía en el momento en que por la carretera pasaban un par de motoristas de la policía.

Quedó un momento mirando a los dos agentes, que pasaron de largo no sin antes fijarse en el coche, y en la escena en general que se desarrollaba en el jardín de la casa.

Tanto Aggie como su hija advirtieron la breve pausa que Mike hizo antes de entregar el paquete. Fue un momento. Un extraño momento.

—Bueno. Éste es tu regalo —dijo Mike sin entusiasmo—. Y ya está. A mi hermano ya se lo daré cuando venga. ¿Podemos volver a entrar?

—Claro, claro —dijo Aggie, después de un silencio.

Pasaron. Aggie abrió el paquete con algunas dudas. Luego tras abrir el estuche que contenía el regalo, su boca se abrió sin que de su garganta surgiera más que una exclamación ambigua e inconcreta. Sus ojos también se habían dilatado enormemente.

Al fin pudo argüir:

—¡Oh, no! No... Mike... Esto es demasiado.

Pero él con su acostumbrada familiaridad, sacó del estuche la joya.

Era un precioso collar de esmeraldas.

—Bueno. Yo no tengo con quien gastarme el dinero. Así que... ¿quién mejor que la familia, eh?

—Pero es que...

—No admito devoluciones. Además, bastante me costó pasarlo, no creas. Estas cosas cuestan un dineral si las declaras... —La broma no pareció cuajar y Mike para tranquilizar a todos añadió—: Póntelo sin reparo. El collar ha entrado legalmente en el país.

Aggie continuaba muda de asombro. No lograba reaccionar, y seguía con el collar en la mano.

Tampoco Peggy acertaba a encontrar las palabras precisas a la situación.

Todo el silencio quedó roto cuando en el umbral de la puerta que había quedado abierta apareció el hombre alto y fuerte que sin quitarse el sombrero que le cabría la cabeza inquirió:

—¿Es de ustedes el «Cadillac» que está en el jardín?

Mike se volvió.

—Es mío, sí.

El hombre avanzó, quitándose el sombrero y presentándose.

—Discúlpeme. Soy el teniente Briggs, de la brigada móvil.

—¿Qué pasa, teniente? —inquirió Mike.

El policía hizo una seña hacia fuera y enseguida apareció un policía uniformado, su graduación era la del sargento de la patrulla de caminos.

—Hable, sargento —pidió Briggs.

El uniformado se dirigió a Mike para preguntarle:

—Usted venía por la ruta 343, ¿verdad?

—Pues... No estoy muy al corriente de las carreteras, ¿sabe usted? Pero ahora que lo dice, creo que vi ese número en el indicador.

—¿Y procedía del Oeste?

—Pues sí. Estuve en St. Louis antes de venir aquí.

Madre e hija seguían con interés aquel interrogatorio.

—Bien, creo que no respetó usted una señal de *stop* en el cruce de la ruta 401. Tengo una denuncia contra usted.

—Es extraño. No recuerdo haber visto ningún *stop*. En realidad acabo de llegar y... —Miró a las dos mujeres que no se pronunciaban en ningún sentido.

Fue el sargento quién se dirigió a ellas para preguntarles:

—¿Es familiar suyo?

—Es... —empezó la madre con alguna vacilación.

—Bueno... ¿Por qué no les decís quién soy? Me miráis como si fuese un criminal.

—Es hermano de mi padre... —atajó rápidamente Peggy, mirando a su madre y permaneciendo a la expectativa.

—Su marido es el señor Curtenay, ¿verdad, señora? ¿Donald Curtenay? —indagó el policía de paisano.

—Sí. Y no puede tardar en llegar. Al menos eso creo —repuso Aggie mirando a Mike.

—Bien... —cortó Mike a su vez interesado en romper con aquella situación—. Admito que pueda haber cometido una infracción. Dígame a cuánto asciende la multa y pagaré.

—No se trata sólo de eso, señor... —empezó el teniente Briggs.

—¿De qué entonces? —quiso saber Mike.

—¿Vive usted habitualmente aquí? —Siguió el mismo Briggs.

—Pues no...

De nuevo Peggy intervino.

—Tío Mike vive en Canadá. Ha venido a hacernos una visita...

La primera visita, puesto que ni mi madre ni yo le habíamos visto antes.

—¡Ah! —exclamó Briggs, sin darle mayor importancia y se dirigió de nuevo al forastero—. ¿Cuándo llegó usted de Canadá?

—Pues hoy... en el avión de Nueva York.

—¿Y vino directamente del aeropuerto? Si procedía del Oeste no es muy lógico.

—Bueno, es que di un pequeño rodeo —por primera vez, la seguridad de que hasta en aquellos momentos había hecho gala Mike parecía tambalearse—. Era necesario.

—¿Necesario? —insistió el policía, parsimoniosamente.

—Por favor, teniente. Dígame a cuánto asciende la multa.

—Ya le dije que no se trataba precisamente de esto, señor. ¿Cómo es su nombre?

—Mike. Bueno. Michael, Michael Curtenay, por su puesto.

—Y dio usted un pequeño rodeo... Un pequeño rodeo de 40 kilómetros.

—Mire, teniente. Ya le dije a mi cuñada y a mi sobrina hace un momento que llamé a Don, a mi hermano antes de venir aquí. Prefería que se encontrara presente. El encuentro al cabo de tantos años se me antojaba un poco embarazoso. Ellas le han dicho ya de que no nos conocíamos. Es lógico, ¿no?

—¿Qué es lógico? —inquirió Briggs, con el mismo tono impersonal y flemático que empleó desde el primer momento.

—Pues eso. Quise dar tiempo a que mi hermano estuviera aquí.

—Sí, claro —admitió Briggs.

—Bueno. ¿Me dice lo que tengo que hacer para arreglar esta cuestión? —insistió una vez más Mike, dando muestras de evidente nerviosismo.

—La infracción en sí no tendría mayor importancia sobre todo si se trata de un compatriota que regresa al país después de muchos años. ¿Fueron muchos?

—Veinte... —repuso con impaciencia Mike.

—Bien. No somos tan inflexibles con las ordenanzas.

—Entonces, ¿qué es lo que pretenden?

—Verá, usted; un coche como el suyo ha atropellado a una niña de diez años en Montferry Park, esto está cerca de aquí. El automóvil, un «Cadillac» blanco, circuló a gran velocidad por un

sendero reservado a los peatones, lo cual es ya una infracción, pero además, atropello a esta niña y en vez de detenerse para auxiliarla, se dio a la fuga acelerando al máximo.

—¿Ha muerto esa niña? —preguntó Peggy.

—Todavía no lo sabemos. La han llevado rápidamente a un hospital.

Esperamos información de un momento a otro.

Ante la crítica situación, Mike espetó:

—Yo no he sido. No sé dónde está ese lugar. Además, en ningún momento he conducido con exceso de velocidad.

—¿Sabe usted cuál es la velocidad permitida en el Estado? —inquirió el sargento.

—Bueno, hay indicadores, pero ni siquiera me fijé. No tenía prisa. Estaba dando un rodeo. Y vuelvo a decirles que no sé de qué me hablan. ¡Yo no he atropellado a nadie en mi vida! ¡Y menos hoy! Mí «Cadillac» no es el único que circula, ¿verdad?

Tras un silencio en el cual las mujeres pusieron la mayor atención para ver en qué terminaba todo aquello, el sargento, muy lentamente, expuso:

—Un muchacho de unos doce años estaba filmando una película con una de esas cámaras sencillas. El chico confesó que la estrenaba. Y no lo ha hecho mal por ser la primera vez. Ha filmado parte del accidente. Y el coche que se daba a la fuga.

Mike lanzó un bufido:

—Bueno. Así podrán comprobar que no se trata de mi coche.

—Están revelando la película en estos momentos —repuso el sargento.

—Bien. Pues vayan y mírenla, verán como no se trata de mi coche —insistió Mike.

Las dos mujeres seguían sin tomar partido.

Briggs tomó la palabra para pedir:

—Nos gustaría que usted nos acompañara, señor Curtenay, así nos ahorraríamos molestias. Si no es usted responsable del accidente, nada tiene que temer.

—¿Acompañarles? —inquirió Mike, indeciso.

—Por favor. Vaya con su «Cadillac». El sargento irá delante. Yo lo haré detrás de usted con otro automóvil.

—Comprendo.

—Es un mero formulismo, ¿sabe? Y esperemos que la película lo aclare todo.

—¡Cierto que lo aclarará! Yo no tengo nada que ver. En fin... —
Se volvió hacia las mujeres y forzó una sonrisa—. No puede decirse que el día no esté lleno de sorpresas, ¿eh?

CAPÍTULO III

Richard Lane llegó a la casa justo cuando los policías salían con Mike.

Richard iba acompañado de Tony, su pelirrojo compañero igualmente aficionado a los automóviles, aunque no era especialista en arreglarlos, sino más bien en todo fió contrario.

Tony fue el primero en saltar, y al ver al sargento murmuró:

—¡Eh! ¿Qué hace la policía aquí?

Richard quedó tan sorprendido como su compañero. Luego ambos se fijaron en el «Cadillac».

Los policías se detuvieron un momento al tiempo que las dos mujeres. —Aggie y Peggy— salían al umbral de la puerta.

El novio de Peggy se dirigió hacia la muchacha, que al verle avanzó también para ir a su encuentro, mientras Tony se quedaba junto al «Cadillac» mirándolo como una mujer miraría la joya más cara del mundo.

—¿Qué pasa? —preguntaba en aquel momento Richard a Peggy.

—Ya te lo contaré.

—¿De quién es ese coche y quién es ese hombre?

—Es... Bueno, espera a que se vayan. La verdad es que estoy confundida.

Todo ha sucedido en un momento.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

Mike miró un instante a Tony y éste sonriendo preguntó:

—¿Es suyo este cacharro?

—Mientras no se demuestre lo contrario, sí —y se metió dentro.

Tony se encogió de hombros, miró al policía y preguntó:

—No será el maníaco que andan buscando, ¿eh?

—¿Le gusta hacerse el gracioso? —Fue la tajante pregunta-respuesta del galoneado sargento de la patrulla.

Luego Briggs, al ir a montar, le recordó a Mike:

—Ya sabe; usted siga al sargento, ¿eh?

—Sí, y no tema, no voy a conducir a exceso de velocidad —y luego masculló unas cosas para sus adentros, desprovistas de toda la jovial cordialidad de que había; hecho gala desde que llegó a aquella casa. Cuando se hubieron marchado, Peggy informó a su prometido. No empleó muchas palabras, dijo lo suficiente para que Richard tuviera una idea general.

Tony estaba también en la casa y escuchaba desde la parte más próxima a la puerta.

Richard soltó:

—Pero... ¿Estáis seguras de que ese hombre es quien dice ser?

—Bueno —comentó Peggy—. La verdad es que seguras creo que no lo estuvimos nunca. Y no sé por qué. Él parecía conocernos bien a todos. Y nos trajo obsequios.

—¿Por qué no avisó a su marido, señora Curtenay? —inquirió Richard.

—Intenté hacerlo, pero... No sé, ahora que tú lo dices, creo que cuando lo nombré en dos ocasiones él procuró que no lo hiciera.

—Dijo que había llamado antes —adujo Peggy.

—¿A tu padre?

—Sí. Eso dijo.

—¡Ya debería estar aquí! Si Mike dijo la verdad. ¡Oh! Y la policía dijo que habían visto el coche a cuarenta kilómetros...

—Todo esto es muy extraño —murmuró Richard, y se dirigió hacia el teléfono para añadir—: Hay que aclararlo. Llama a tu padre, Peggy.

Tony avanzó murmurando:

—¡Qué cosas ocurren! Pero la verdad es que un tipo que lleve un cacharro como el que lleva ese fulano. ¡Hummm! Toca madera.

—¿Quieres callarte, Tony? —cortó Richard.

—¿Por qué? ¿Y si es el maníaco?

—Cierra el pico, Tony. Sujeta la lengua, ¿quieres?

—¡Oh! Ya caigo. Si ahora resultara que es pariente de verdad... Lo siento, señora Curtenay.

Pero Aggie Curtenay no escuchaba a Tony. Estaba al lado de su hija, que ya había marcado el número de la oficina de la fábrica.

La espera resultó inútil porque el timbre sonaba sin que nadie lo tomara.

—Vuelve a insistir —dijo Richard cuando ella colgó indecisa.

—Puede que haya salido —murmuró Peggy.

—¡Dios mío, pero de esto ya hace rato! —exclamó Aggie, cuya angustia aumentaba por momentos.

—¿Cómo sabe qué hace rato? —inquirió Richard.

—Porque «él» lo dijo —repuso Peggy, refiriéndose claro está a Mike.

—Bueno... En realidad lo que tratamos de averiguar es si «él» es el hermano de tu padre o un impostor, ¿no?

—¡Claro, mamá! ¡Pudo haber mentido! ¡Oh, Dios mío! No sé por qué me asaltó ese presentimiento desde el momento en que clavó su mirada en mí.

—¿Clavó su mirada en ti? —preguntó Richard, frunciendo el entrecejo.

—Fue cuando acababa de telefonearte.

Y le explicó que ella salía de la ducha y apareció Mike.

—Bueno —concluyó ella— será porque me miró de aquel modo. Aunque la verdad, él no podía saber que yo fuese su sobrina.

Tony sonreía. Tal vez porque Peggy no hablaba con demasiado convencimiento.

—Tú, casi desnuda, y el tipo mirándote fijamente... Y luego me mandas callar si insinúo que pueda ser el maníaco —dijo Tony.

Richard le fulminó con la mirada y Tony levantó las manos y se encogió de hombros como si tratara de decir: «Está bien, me rindo, me rindo».

Peggy insistía en la llamada telefónica, pero la espera volvió a hacerse interminable.

—No, no contestan. Tiene que haber salido.

—No estaré tranquila hasta que vea aparecer a tu padre —dijo Aggie.

—¿Cuánto suele emplear su marido para venir de la fábrica hasta aquí? —preguntó Richard.

—Unos treinta minutos. Conduce despacio, además, en la ciudad con el tranco siempre tiene que entretenerse... —contestó Aggie.

—¿Saben qué ruta toma? —preguntó nuevamente el prometido de Peggy. Y la muchacha asintió:

—Yo sí. Algunas veces voy con él por la mañana cuando quiero llegar temprano a la escuela.

—Bien. Entonces vamos. Sólo perderemos una hora y así tu madre se tranquilizará. Luego ya iremos a casa de Virginia.

—¿Preferís que espere aquí? —preguntó Tony.

—Sí, es mejor, Tony —repuso Peggy—. Así mamá no estará sola.

—Espero que no le moleste mi compañía, señora Curtenay. Bromas aparte, yo también deseo que este asunto se resuelva pronto y favorablemente por supuesto. ¡Ah, Richard! Si puedo hacer algo, llama por teléfono, ¿eh? Ya sabes que no me gusta la inactividad.

Richard y Peggy salieron para subir en el coche. Richard se colocó al volante. Peggy tenía el rostro ligeramente congestionado.

—La verdad es que yo también estoy intranquila. No sé... Presiento algo, como si una nube negra se hubiera posado de pronto sobre... sobre nuestra casa, nuestra familia.

—Es lógico que estés nerviosa. Todo empezó con la noticia del último crimen de ese sádico.

—Sí, es verdad. Pero la llegada de Mike... Y mi padre que se retrasa...

—Todo se arreglará. Bien. Presta atención, ¿eh? No vayamos a cruzarnos por el camino.

Peggy miró hacia la parte izquierda con insistencia.

Deseaba con todas sus fuerzas ver el coche de su padre, pero no podía evitar que su angustia siguiera creciendo por momentos.

¿Por qué tenía aquel trágico presentimiento?

Y entretanto en una de las salas del puesto de policía, un empleado del laboratorio trajo el rollo de película.

—Ya está. No es de muy buena calidad. La cámara es demasiado sencilla y además ha sido enfocada un poco dificultosamente.

—Es lógico tratándose de un niño —dijo el teniente Briggs, tomando la cinta.

El proyector estaba ya preparado y con el teniente y el sargento se hallaban otro par de agentes de paisano.

Mike procuraba disimular su nerviosismo, mientras Briggs ponía la cinta en el proyector.

Por fin se apagaron las luces y el del laboratorio advirtió:

—Sólo son tres minutos de proyección y las primeras escenas creo que carecen de importancia.

—Lo veremos todo. Tenemos tiempo —repuso Briggs.

Las imágenes aparecieron en la pequeña pantalla.

Algo desenfocados aparecieron unos muchachos montados en bicicleta. La escena quedó cortada para pasar a enfocar unas bonitas piernas de mujer que al estar sentada y vestir minifalda lucía buen parte de sus muslos.

—¿Qué edad tiene ese niño? —preguntó alguien.

—Doce años, pero no tiene mal gusto —bromeó el sargento.

Las piernas desaparecieron para dar paso a una muchachita de unos diez años que corría por el césped. La niña cayó una vez y luego desapareció de la imagen.

—Es ella —dijo el sargento.

—Bueno. Ya volveremos atrás si interesa —repuso Briggs.

—Enseguida vuelve a aparecer —repuso el del laboratorio cuando ya la imagen algo difusa ofrecía un enfoque general del parque hacia el sendero que desembocaba en la carretera.

—¡Atención! —advirtió el técnico.

Entonces todo parecía precipitarse. Los últimos planos de la corta película, de haber estado preparados no hubiesen resultado más dinámicos. Al fondo apareció un coche blanco que avanzaba por la carretera como si quisiera penetrar en el recinto para peatones.

De pronto surgió otro automóvil a gran velocidad.

La cámara parecía dar saltos, prueba de que estafa sujeta por manos poco seguras y desde luego nada expertas.

Casi al mismo instante, una muchachita —la misma de los planos anteriores— saltaba el mismo sendero.

De unos setos apareció una mujer haciendo gestos con la mano y gritando algo, que a falta de sonido podía imaginarse que daba voces de alerta para la pequeña, o acaso lanzando una exclamación ante lo que ya era inevitable. El automóvil alcanzó de lleno a la pequeña, que salió despedida hacia un lado.

Su cabeza rebotó —o pareció rebotar— contra los bordes de un parterre. El auto siguió veloz su carrera, y el improvisado cameraman siguió su trayectoria hasta que se le terminó la cinta. En realidad sólo fueron tres segundos más después del accidente.

Naturalmente para poder apreciar cada figura, cada movimiento, cada objeto que aparecían en la breve película fue necesario pasarlo varias veces.

Briggs se detenía en cada detalle interesante a partir del

momento en que arrancaba el coche a gran velocidad.

Daba la sensación de que el automóvil saliese fracciones de segundos antes de que la niña invadiera corriendo el paseo para peatones. Aquí hubo que pasar una y otra vez la película.

El sargento hizo una observación:

—Desde donde está tomada la escena hasta el punto donde aparece la niña hay unos cinco metros.

—Lo que probaría que si se tratase de un asesinato, el conductor del auto merodeaba por aquellos lugares y quizá se le presentó la ocasión cuando menos la esperaba —comentó Briggs.

—De todos modos, el conductor tuvo tiempo de ver a la chica salir y entonces puso en marcha el coche y aceleró... Esto podríamos comprobarlo sobre el terreno, calculando la distancia y la velocidad del coche.

La cámara estaba inmóvil justo cuando la mujer se llevaba las manos a la cabeza. La pantalla era ahora como una enorme foto-fija.

—Ve esto, sargento —hizo notar Briggs—. La reacción de esa mujer. Debía estar sentada por ahí y pudo ver cómo la niña cruzaba alegremente el sendero y el coche se le echaba encima. Me gustaría hablar con ella.

—Está aquí, señor, junto con otros dos testigos que estaban próximos.

Entonces se oyó la voz de Mike, que, al levantarse, proyectó su sombra sobre la pantalla borrando la imagen fija.

—Bueno. Creo que yo estoy de más aquí. El más torpe podría darse cuenta de que no es mi coche el que ha cometido este atropello.

—¡Es verdad! ¡Casi me había olvidado que estaba usted aquí, señor Curtenay! —repuso Briggs—. Pero siéntese, por favor... Ahora intentaremos cerciorarnos en lo referente al coche. En realidad hasta ahora no hemos hecho más que ver la «forma» en que se produjo el accidente... aunque casi, casi podríamos llamarlo ya «crimen». ¿Quiere sentarse, señor Curtenay?

Mike obedeció de mala gana. Entonces, Briggs hizo que el protagonista principal de aquella breve película fuera el auto.

CAPÍTULO IV

La película por ser en blanco y negro no matizaba ningún color.

El auto, en principio lo mismo podía ser color crema que cualquier otro de tonalidad clara.

Lo importante era localizar la matrícula. Quedaba también algo difusa.

Había sin embargo, un detalle que el sargento remachó:

—Es descapotable.

—¿Y qué? —terció Mike.

—Procuraremos una ampliación de la matrícula —manifestó el teniente—. ¿Cree que será posible, Gayson?

La pregunta era para el del laboratorio.

—Se intentará, teniente.

—¡Espere! —atajó Mike.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Briggs.

—Este coche no lleva matrícula de Canadá. Vean... Hay dos letras y una placa al lado. Esto sí se ve bien.

Briggs detuvo el enfoque.

El examen no dio por resultado la identificación del número, pero puso de manifiesto algo de vital importancia, sobre todo para el hombre de Canadá.

Aquel coche estaba matriculado en Estados Unidos.

—Tiene placa de California —admitió el sargento.

Se encendieron las luces y Mike puesto en pie nuevamente murmuró:

—Espero que esta vez se dé por vencido, teniente. Yo no tengo nada que ver...

—Bueno, señor Curtenay —murmuró a su vez el policía—. Puesto que está aquí, le haremos algunas preguntas.

—¿Qué más quiere preguntarme? Me hicieron venir para esa comprobación, ¿no?

—Señor Curtenay, le entretendré lo menos posible.

Pasaron a otro despacho, quedando reunidos el sargento de la patrulla de carreteras, el teniente Briggs y Mike.

—¿No cree que se está pasando, teniente? —espetó el recién llegado de Canadá—. Se ha demostrado que mi coche no atropello a esa pobre niña. ¿Por qué demonios me retiene? ¿Qué pensará mi familia?

Sin hacer el menor caso del comentario de Mike, el teniente Briggs preguntó:

—Dijo usted que había llegado hoy. ¿No es eso?

—Pues sí...

—¿Vía Nueva York?

—Sí. No hay aviones directos hasta St. Louis.

—O sea que procede usted de Canadá...

—¿Cuántas veces tengo que decírselo?

—Mire, señor Curtenay. Es cierto que su coche no es el que atropello a esa pobre niña, pero no es el colche lo que nos interesa, sino quién lo conducía.

—¿Qué quiere decir?

—El coche que atropello a la pequeña, fue hallado abandonado quince minutos más tarde después de dar un rodeo. El conductor lo dejó muy cerca del lugar donde había causado serias lesiones a la pequeña... Por cierto, Farrell, ¿han llamado del hospital?

—Todavía no, teniente —repuso el sargento de la patrulla.

—Bien, sigamos —añadió Briggs—. Como le digo, el conductor robó el coche... Su propietario ya tenía denunciado el del robo, y ya hemos comprobado que no se ha movido en toda la mañana de su casa, porque se lo robaron en frente de su casa... también cerca del parque.

—No sé dónde quiere ir a parar.

—¿Quiere esperar un momento, señor Curtenay? —sonrió Briggs. Y salió un momento para regresar con tres grandes fotografías tamaño 24 por 36—. Mire estas fotos. Han sido sacadas de la película. No están muy claras porque ya sabemos que el joven cameraman hacia su primera experiencia. Vea ésta.

La foto que Briggs mostró a Mike recogía uno de los momentos anteriores a que el auto causante del atropello saliera de estampida. Había un coche de color claro, blanco quizá, que salía del

aparcamiento.

—No veo nada de especial en esta fotografía —dijo Mike.

—Ahora vea la segunda.

El coche claro había avanzado un poco más y en el fondo se veían otro par de coches. Todavía no había asomado el auto asesino.

—¿Qué me dice de ésta?

Mike se encogió de hombros.

Briggs le mostró la tercera fotografía. El auto asesino asomaba el morro pero al fondo podía verse con algo más de nitidez uno de los coches estacionados.

—¿Y ésta?

—¡Acabemos, teniente! —bramó Mike.

—Señor Curtenay, ese coche que se ve al fondo, gracias a que quedó descubierto por el que salió momentos antes, puede ser el suyo.

Y entonces antes de que Mike pudiera protestar, Briggs sacó una ampliación de la parte de la matrícula.

—En la distancia —dijo—, y por defecto de la «toma» no puede apreciarse bien la marca, pero el auto es blanco y tiene placa de Canadá.

—¡Eso lo dirán ustedes! No es mi coche...

Briggs recogió parsimoniosamente las fotografías, que dejó sobre su mesa de escribir, y añadió:

—El sargento Farrell tiene ahí fuera a la mujer que presenció el accidente y a otros dos testigos. ¿Le molestaría un careo con ellos?

—Sí, me molesta, pero sospecho que no tengo elección.

—No, señor. No la tiene. Se trata de la vida de una niña. Un crimen premeditado. No es un accidente.

Mike lanzó un bufido.

—«De veras que no lo comprendo, teniente... ¿Qué interés podía tener yo, ni nadie en matar a una pobre criatura?».

—Es muy sencillo, señor Curtenay —y tras una pausa y poniendo mayor énfasis en sus palabras, Briggs añadió—: Esta niña fue testigo de un asesinato.

Del de Virginia Stephenson...

—¿Eh? —La extrañeza de Mike parecía auténtica.

Briggs concluyó:

—Un sádico, que ya asesinó a otras dos jóvenes anteriormente, mató a anoche a Virginia... La pequeña estaba en casa de esa joven. Era sobrina suya. Y vio al asesino de su tía... ¿Comprende ahora por qué querían matar a la niña?

Mike se quedó mudo.

Richard y Peggy habían llegado a St. Louis sin que el coche del padre de la muchacha se cruzase en su camino.

Se dirigieron hacia la fábrica a marcha lenta. La atención de ambos era mayor, pero el auto de Don Curtenay no apareció, y así llegaron hasta la valla de ladrillo que rodeaba la edificación.

Richard aparcó el automóvil delante de la entrada principal y ambos saltaron sobre el asfalto y corrieron hacia la puerta.

Estaba cerrada y Peggy llamó con insistencia.

Al cabo de una corta espera Richard comentó:

—Parece que no hay nadie.

—Hay una puerta que va directamente a la oficina —dijo Peggy, y siguió por la parte lateral derecha del edificio.

Encontraron la puerta que estaba igualmente cerrada. El timbre funcionaba, pero nadie respondió a las llamadas de Peggy.

—Es extraño. Papá es muy ordenado, no se hubiese marchado sin quitar la corriente.

—Tal vez con las prisas... Supongamos que Mike sea tu tío realmente. Si le llamó por teléfono, quizá tu padre salió deprisa y se le olvidó...

Peggy no parecía muy convencida e insistió en llamar.

Richard miró alrededor.

En un rincón había bidones vacíos, cajas de embalaje y otros chismes. Por lo demás, estaba desierto.

—¿Hay otra entrada?

—Sí, en la parte de atrás. Es la entrada del almacén.

Richard se dirigió hacia el otro lado y entonces vio algo que le demostró que Don Curtenay tenía que seguir allí.

—¡Peggy! —llamó.

Cuando ella apareció, Richard no tuvo que hacer ningún comentario, porque Peggy había visto lo mismo que su prometido; el automóvil de su padre.

—¡Está aquí! —gritó ella y comenzó a llamarle.

—¡Espera! —dijo Richard y avanzó hacia la puerta del almacén.

Era una doble hoja de hierro. Empujó ligeramente y mía de las puertas cedió.

—¡Está abierta! —exclamó.

Entraron los dos.

Se hallaron ante una gran nave con cajas de embalaje llenas y a punto de ser cargadas en el siguiente día laborable.

Había largas mesas donde se preparaban y embalaban los pedidos de la fábrica.

Sus pasos resonaban en el vacío de la sala.

Al fondo había una escalera y Peggy anunció:

—Por allí.

—¿Va al despacho? —inquirió Richard.

—Sí.

—Bien, espera aquí.

—¿Por qué?

—No sé... Es mejor.

Ella sintió un escalofrío y Richard la tranquilizó con una sonrisa.

—Vamos, vamos, déjame subir. Ya encontraré el despacho.

—No. Quiero ir contigo... —A pesar de todo, Peggy le siguió y ambos subieron por la escalera metálica.

Ahora los pasos resonaban más al chocar contra el metal.

Llegaron a la parte alta. Una puerta les condujo al interior. Había una distribución que indicaba el camino a seguir para ir hacia el laboratorio y otro para las oficinas.

Eligieron el último y Richard tomó la delantera.

El silencio continuaba siendo absoluto. Demasiado silencio.

—Es... extraño —balbució ella.

Se acercaban a una sala cuadrada donde se distribuían los despachos. El corredor se ensanchaba para dar paso a una quinta puerta donde podía leerse: «DIRECCIÓN».

La puerta estaba entornada.

Peggy se precipitó hacia la entrada, pero Richard la contuvo.

—No. Espera.

Algo frenó a la muchacha. El temor. Sí. El temeroso presentimiento de algo fatal.

Richard empujó suavemente la puerta.

Sus ojos se dilataron.

El despacho se hallaba completamente revuelto. La caja fuerte

situada detrás de un cuadro permanecía abierta.

Ella asomó un instante y lanzó un grito.

—¡No!

Entonces, Richard avanzando unos pasos descubrió el cuerpo tendido en el suelo, medio oculto detrás de un diván que igualmente había sido desplazado de su sitio.

Peggy haciendo de tripas corazón avanzó hacia la parte donde descansaba la cabeza del hombre tendido en el suelo.

Richard ya estaba allí y sujetó con fuerza a su prometida.

—¡Papá! —gritó ella.

Pero su padre, Don Curtenay, con la cabeza ensangrentada en la parte de la sien, continuó inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

CAPÍTULO V

La mujer que había presenciado el accidente de la niña se hallaba en la pequeña sala junto a un viejo y una muchacha de unos diecisiete años. Eran los tres testigos del atropello.

Briggs había preparado una rueda de detenidos, pero realizó la prueba a su manera.

Primero hizo desfilar a un agente sobre la tarima que había sido equipada con una especie de jaula de madera y cristal. El cristal quedaba en la parte que daba cara a los testigos, en forma alargada como si se tratara de la ventanilla de un auto.

Los testigos no podían ver más que la cabeza de la persona que estaba dentro de la jaula. Era igual que si vieses a un conductor de coche desde fuera.

—Fíjense bien en ese hombre y digan si puede ser el que conducía el auto que causó el atropello —indicó Briggs.

El viejo murmuró algo apenas audible. La mujer afirmó:

—Ocurrió todo tan rápido que... Sin embargo, los ojos de aquel hombre me parecieron distintos.

La muchacha de diecisiete años fue más rotunda.

—¡No! Era más joven. Estoy segura.

El viejo se pronunció al fin.

—Sí. Tiene razón la señorita. Era más joven...

El siguiente en meterse en la jaula fue Mike Curtenay.

Los ojos de la muchacha parpadearon un par de veces. El viejo se encogió de hombros.

—Creo que no sería capaz de identificarlo. No sé. No sé...

Por su parte la mujer afirmó:

—No. No es éste. Yo sólo recuerdo aquellos ojos.

Pero la muchacha, sin poderse, contener murmuró:

—¡Es él! Sí. Es él...

Mike no podía oírlo porque la tarima estaba aislada.

El teniente se acercó a la muchacha.

—¿Está segura que es él?

—Sí. Le dije que era más joven... Sí. Es él.

—¡Hummm! Por si acaso, nos queda otra persona. La haremos desfilar —y pulsó un botón dando la señal de que Mike podía retirarse para dar paso a un hipotético tercer sospechoso, que no era más que un agente de la brigada.

Pasó el tercero y la muchacha omitió comentario alguno.

—Yo ya lo he identificado —dijo.

El viejo confirmó que no era capaz de identificar a nadie. En cambio, la mujer vaciló.

—¿Le dice algo ese rostro, señora? La distancia en que se halla usted ha sido previamente calculada. Es más o menos la misma en que se encontraba en el parque.

—No quisiera equivocarme —repuso la mujer—, pero a mí me parece que es éste.

—¿Está segura?

—Yo diría que sí.

El sargento Farrell lanzó un bufido, pero Briggs le calmó con un ademán y se aproximó nuevamente a la muchacha.

—¿Y usted?

—No.

—Haga un esfuerzo. Si no existe acuerdo no podemos proceder contra un hombre. ¿Cuál de los dos?

—Bueno... Éste también se le parece... Los ojos...

—Farrell, tendrá que averiguar de qué color tienen los ojos esos dos.

—Bueno, la chica ha dicho que... —empezó Farrell.

—La señorita Frazier no está segura, ¿verdad?

La muchacha vaciló.

—Yo diría que es el otro, pero si esa señora cree que es éste... No sé...

—Bien, basta por ahora. Pueden regresar de momento a sus casas. Si volvemos a necesitarles, espero que estén dispuestos a colaborar.

Todos asintieron.

Fue entonces cuando un agente entró para informar a Briggs:

—El capitán quiere verle ahora mismo, teniente.

—Voy enseguida.

Minutos después Briggs se hallaba en el despacho del jefe de la brigada.

—Han llamado hace diez minutos de la fábrica de Don Curtenay...

—¿Qué ocurre?

—La hija de Curtenay y su prometido, un tal Richard Lane, le han encontrado en estado grave.

—¿A Don Curtenay?

—Sí —repuso el capitán—. Tiene que trabajar rápido, teniente. En este asunto que lleva entre manos está implicado ese otro que también dice llamarse Curtenay. ¿No es así?

—Así es —y Briggs lanzó un silbido.

—¿Qué opina, Briggs?

—Un momento, señor. ¿Don Curtenay ha sido atacado?

—Golpeado en la cabeza. En estos momentos una ambulancia lo lleva al hospital.

—Así que... ¿Le han atacado?

—No se lo habrá hecho él solo...

—¿Quién está allí?

—Stanton y Morrow. Vaya a echar un vistazo.

—Sí, señor.

—Esto tanto puede significar un embrollo como una solución. ¿No es así?

—No estoy muy seguro, capitán.

—¿Qué ha conseguido hasta ahora?

—Prácticamente muy poco.

—Bien... ¿Qué piensa hacer con Mike Curtenay?

—Le retendré como pueda.

—¿Es que no puede acusarle?

—No, no señor. Si lo hiciera ahora, temo que podría escurrírseme de las manos... si es que es el hombre que buscamos.

—No podrá tenerle aquí siempre...

—De momento buscaré una excusa.

—¿Cree que es realmente el hermano de Don Curtenay?

—Bueno, ya le dije que...

—Usted me ha dicho muy poco. Me ha hecho sólo una sinopsis del caso. Quiero una información completa.

—Capitán, tenga en cuenta que la familia no conoce a Mike, el único que podría identificarle es el hermano y ahora... ha ocurrido esto.

—No pierda tiempo.

—No, no señor... Y de momento, no diré nada a Mike de ese asunto. Todavía quedan algunos asuntos que tratar.

—Lleve el asunto a su manera, pero no pierda tiempo. Esto empieza a ser alarmante.

Briggs asintió y abandonó el despacho de su superior.

Richard y Peggy siguieron a la ambulancia hasta el hospital.

En principio nada sabían del estado real de su padre. Peggy, en principio había creído que estaba muerto, pero Richard comprobó que su pulso latía aunque muy débilmente.

Los médicos procedieron a efectuar la exploración del enfermo.

Richard entretanto telefoneó a la madre de Peggy.

Cuando la atribulada esposa colgó el teléfono, estuvo a punto de desmayarse.

—¡Dios mío, estaba temiendo una desgracia!

—¿Qué ha sucedido, señora Curtenay? —inquirió Tony.

—Mi marido. Está en el hospital. Le han atacado... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—La acompañaré, señora Curtenay... ¿Dónde tienen el coche?

—En el garaje. Es el de Peggy.

—Voy por él. Usted procure tranquilizarse. Mejor sería que tomase algo... Un poco de licor.

—No, no. Ahora no quiero nada.

Tony puso en marcha todo su dinamismo. Ya no era el chico de la broma fácil que se reía de casi todo, sino un amigo dispuesto a ayudar en lo que fuera.

Sacó el coche del garaje y la señora Curtenay salió con lo puesto para subir rápidamente.

Tony pisó a fondo el acelerador. En eso era difícil que le sacaran ventaja.

El teniente Briggs se reunió con sus compañeros Stanton y Morrow, de la brigada.

Con una ojeada abarcó todo el desorden.

—¿Robo?

—En la caja sólo hay documentos. De momento no podemos saber si han robado dinero u otros objetos.

—Tendré que hablar con la familia. ¿Qué ha dicho el médico?

—No mucho —replicó Morrow—. Pero a su parecer, ese Curtenay llevaba bastante tiempo en ese estado.

—Tengo que averiguar a qué hora se produjo el ataque. Ustedes sigan buscando, aunque no parece que haya mucho que ver.

—Lo demás está en orden —repuso el otro agente, Stanton.

—Ya. El desorden sólo es en esta habitación. No me extrañaría que no hubiesen robado nada.

—¿Crees que tratan de desorientarnos? —inquirió Morrow.

—Pudiera ser, pero ya sabéis que en nuestro oficio no se puede dar nada por seguro. Abrid bien los ojos. Yo estaré en el hospital.

—De acuerdo —repuso Morrow.

Briggs bajó precipitadamente para volver al coche y enfilar en dirección al hospital.

Llegó en menos de diez minutos.

Allí encontró a la familia. Pasó ante ellos, que aguardaban con la natural angustia.

Luego estuvo hablando con una enfermera, que desapareció para regresar con otro médico, que permaneció hablando con el policía durante un par de minutos.

Richard se aproximó en cuanto Briggs hubo terminado de hablar con el médico.

—¿Ha podido averiguar algo?

El teniente avanzó hasta situarse junto a la madre y a la hija, que estaban al lado de Tony.

—Su marido sufrió el ataque unas tres horas antes.

—¿Cómo está? —preguntó la señora Curtenay.

—Bueno... Esto es cosa de los médicos. Ahora están tratando de recuperar el tiempo perdido. Si hubieran podido atenderle desde el principio la cosa hubiera sido más sencilla... Sin embargo, no hay que perder la esperanza.

—Fue un ladrón, ¿verdad? Intentaron robar —espetó Peggy.

—Pues... eso es lo que parece que quieren hacernos creer... Quizá ustedes podrían ayudarme.

—¿Cómo? —preguntó Peggy.

Tony atendía a la señora Curtenay, que sólo tenía capacidad

para pensar en su esposo.

—En principio me gustaría saber si falta algo del despacho de su padre —dijo el teniente.

Peggy dudó. Daba a entender que ella no estaba al corriente de lo que su padre solía tener en la fábrica.

—¿Sabe si guardaba dinero en su caja fuerte o en alguna otra parte? —inquirió el policía.

—No, no creo. Mi padre solía depositarlo siempre en el Banco, excepto pequeñas cantidades.

—Sí. Es lo que me figuraba —comentó Briggs, como si hablara consigo mismo—. De todos modos, si quisiera usted echar un vistazo...

—Te acompañaré —se ofreció Richard.

—¡Ah! Y otra cosa —pidió el teniente—. ¿Tienen ustedes las cartas o postales que les enviaba Mike Curtenay desde Canadá?

—Pues supongo que sí... Papá guardaba siempre la correspondencia —repuso Peggy.

—¿Y alguna foto?

Intervino Tony para preguntar:

—Sospechan que es un impostor, ¿eh?

El teniente, sin embargo, no contestó.

—¿Alguna fotografía también? —preguntó de nuevo el policía.

—Creo que envió una hace ya bastantes años... o tal vez la guardaba mi padre. Una foto donde están los tres hermanos, antes de que el mediano muriese. Ya no había nacido aún y Mike tendría unos 18 años.

—Puede servirnos. Iremos por ella. Pero primero la fábrica.

—¿Te quedas con mi madre, Tony? —preguntó Peggy.

—Por supuesto que sí. Podéis ir tranquilos.

—Yo ya estoy bien sola —repuso la mujer—. Váyase, Tony. Usted no tiene nada que ver con esto.

—Soy amigo de Richard y Peggy, señora Curtenay, para mí es suficiente.

Alguien cruzó la solitaria calle de la ciudad residencial cerca del jardín de los Curtenay.

Surgió de entre los setos y avanzó hacia la casa.

Sigilosamente dio un rodeo para llegar hasta la piscina, allí tras las cabinas de la ducha y vestuarios asomó lentamente como si

estuviese espiando algo o a alguien.

Era un hombre, un hombre joven de ojos azules y estatura mediana.

Al ver que no había nadie dejó de esconderse.

Vestía pantalón tejano y chaqueta de cuero, su pelo era largo sin exageración y lo llevaba bien peinado.

Recorrió con la mirada todo el ámbito y su rostro mostró contrariedad. Luego se aproximó hasta el banco de madera donde Peggy había dejado la toalla y su bañador.

Sonrió.

Tomó el bañador, un biquini bastante exiguo y lo apretó entre sus manos como si aquellas prendas significaran mucho... mucho para él.

CAPÍTULO VI

—¿Quiere que le traigan unos bocadillos y cerveza? —preguntó un agente a Mike.

El de Canadá llevaba ya algún tiempo aguardando en el despacho del teniente Briggs y no disimulaba su mal humor.

—Lo que deseo es largarme. Mi familia me está esperando. ¿Por qué me retienen?

—No es cosa mía, señor —repuso el agente, aleccionado de antemano—. El teniente ha tenido que salir por un asunto urgente.

—Está bien. Ya sabe dónde encontrarme. Voy a largarme...

—¿Quiere irse, señor? —preguntó cortésmente agente.

—A menos, claro está, que deba considerarme detenido.

—No me han dicho nada en este sentido...

—Entonces, buenos días o buenas tardes... ¡Fíjese! —consultó su reloj y añadió—: Es casi la una. He perdido una hora lastimosamente.

—Aguarde un momento, señor. Hablaré con el capitán. Es sólo un minuto. Se lo prometo.

—No tarde más de un minuto, porque de lo contrario saldré por esa puerta y me liaré a golpes contra quienes pretendan cerrarme el paso. ¿Lo ha entendido?

Mike se mostraba ahora bajo la faceta de hombre duro, acostumbrado a luchar en la vida. A luchar en todos los terrenos.

—Un minuto —insistió el policía.

Y poco después el agente hablaba con el capitán de la brigada.

—¡Oh! Con que nuestro hombre está impaciente, ¿eh? —murmuró el capitán—. Bien entreténgale un poco mientras localizo al teniente.

—No creo que sea fácil, señor.

—Comprendo. Este asunto no me gusta demasiado. Bueno, usted quédese allí y hablele de cualquier cosa. Yo veré de hablar con

Briggs.

—Sí, señor.

El capitán tomó el teléfono. Confiaba en encontrar al teniente en la fábrica de Don Curtenay.

Y en efecto, el teniente estaba todavía allí en compañía de Peggy y de Richard.

La muchacha en aquellos momentos, tras haber echado una amplia mirada por toda la habitación, negó con la cabeza.

—Así a simple vista... creo que está todo. Acaso papá guardase un poco de dinero en la caja, pero insisto en que no puede ser mucho.

Peggy había repasado los documentos y añadió:

—No sé si guardaba algo más, pero papá solía contarle todo. Si hubiese tenido algo de valor, mamá o yo lo sabríamos... De todos modos cuando él esté en condiciones de declarar... ¡Dios mío! Me gustaría volver allí.

—Sí, sí, comprendo —repuso el policía.

Richard avanzó unos pasos.

—¿Teniente, qué opina de todo esto?

—Pues... Su futuro suegro puede hacer más que yo en estos momentos.

—Cree que el motivo de todo esto no ha sido el robo, ¿eh?

—Sí. Creo que tratan de confundirnos. Eso es todo.

—Ese hombre... El que dijo ser el tío de Peggy...

No pudo concluir la frase porque sonó el teléfono. Lo tomó Morrow, que seguía allí, y tras averiguar quién llamaba pasó el auricular a su superior.

—Es para ti. El jefe.

Briggs tomó el aparato y el capitán pudo informarle de las prisas de Mike.

—¡Oh sí! Entreténgale. Voy inmediatamente para allí.

—Pues no tarde —repuso el capitán, y colgó.

—Tío Mike se impacienta y todavía me quedan algunas preguntas por hacerle —y Briggs guiñó un ojo a Richard—. ¡Ah! Y ustedes vayan a casa y tráiganme esas cartas o postales de Mike, y no se olviden de la fotografía.

—Ahora iremos.

Peggy adujo:

—Richard, ve tú y déjame a mí en el hospital. Estaré más tranquila.

—Está bien. Vámonos ya.

—Dese prisa con eso, Richard —dijo el teniente—. Esto nos servirá para hacer una importante comprobación.

Richard asintió. Comprendía perfectamente que el teniente se proponía cuando menos comparar la letra de las postales con la del hombre que tenía retenido en el puesto de policía.

Por otra parte, la fotografía, aunque de un Mike veintidós años más joven, podría arrojar alguna luz, sino la definitiva.

Ya en el coche, Richard inquirió a su novia:

—¿Tienes una llave de tu casa?

—Sí, toma —dijo ella después de abrir el bolso para entregársela.

—Eso que quiere el teniente...

—Papá tiene un despacho en la planta baja.

—Sí, lo sé. ¿Está cerrado?

—No, no creo. Nunca cierra nada.

—¿Y estará allí todo eso?

—Si no lo ha archivado, está en el cuarto cajón a la derecha. Allí suele guardar los recuerdos. Si no lo encuentras, busca en el armario, tiene álbumes y archivos. Las cartas y las postales de familia están en la correspondencia privada. No hay mucha.

—Bien —guardó la llave y enfiló ya directamente hacia el hospital.

Cuando el teniente Briggs llegó a la brigada, se encontró con que Mike no estaba en su despacho.

Iba a salir cuando apareció el capitán en el umbral de la puerta.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó el teniente.

—No se inquiete. Nuestro hombre estaba demasiado nervioso. Le he dicho que podía ir a tomarse un par de bocadillos en el bar de la esquina. Pensé que esto le tranquilizaría.

—¡Oh!

—No se preocupe. Benson vigila la entrada. Después de todo, en este asunto hay que ir con pies de plomo, ¿no? Fue idea suya en parte...

—Desde luego. El asesino es un tipo listo. Demasiado listo. Puede insinuarse una sospecha, pero sin atacar a tope...

—Así el hombre no podrá quejarse de que le hemos retenido injustamente —masculló entre dientes el capitán.

Briggs repuso:

—Iré a charlar con él mientras me tomo un bocadillo. Si viene el muchacho ese... el novio de Peggy Curtenay, ya sabe, traerá unas cartas y unas fotografías. Dígale que las deje y puede irse.

También Briggs iba a salir, pero el capitán le retuvo para preguntarle:

—Oiga, ¿han averiguado ya quién era el amigo de Virginia Stephenson?

—Hemos averiguado que salía con varios. Tony Miller figura entre ellos.

—¿Miller?

—Sí. El amigo de los Curtenay.

—¿Le ha interrogado?

—Todavía no, capitán... Todavía no. Pero si eso saliese mal...

—¿Cree sinceramente que ese tipo que dice llamarse Mike Curtenay es un impostor?

—Pues... Como creerlo, no sé qué decirle... Pero ha mentido en un par de cosas y ha dejado de denunciar otra más... Y esto de por sí ya es bastante sospechoso, ¿no, capitán?

—Bueno, siga adelante, pero quiero hechos. ¿De acuerdo? La opinión pública espera resultados...

Y Briggs aunque no hizo el menor comentario, para sus adentros pensó que también el capitán esperaba algo; un ascenso en el cargo tras las próximas elecciones.

Briggs sólo tuvo que andar una cincuentena de metros para ir al bar donde solían comer su bocadillo todos los policías de servicio.

El agente que estaba cerca de la puerta le saludó con un movimiento de cabeza, queriendo indicar que todo iba bien y que Mike seguía dentro.

Briggs entró en el local. Había algunas personas tomando el breve tentempié de mediodía, pero no atinó a ver a Mike.

Lo buscó con insistencia y al final se dirigió al patrón que estaba atareado llenando jarras de cerveza.

—¡Eh, Sam! Ha entrado aquí un individuo alto, de piel tostada... Hará cosa de... No sé, un cuarto de hora tal vez. Lleva chaqueta clara, deportiva y...

—No digas más. Le he visto. Pidió una cerveza.

—¿Dónde está?

—Se fue al lavabo. No me importó que lo hiciera porque antes pagó su consumición.

—¿Eh?

—Ya sabes, Briggs... Hay la puerta trasera que da al patio y...

—¡Humm! —Y Briggs apretó los puños, comprendiendo lo que había ocurrido.

Salió a buscarle aun sabiendo que era totalmente inútil porque ni en el lavabo ni en el patio había el menor rastro de Mike.

—Se largó... ¡Maldita sea! —exclamó para sí.

Pagó los platos rotos el agente uniformado que aguardaba en las cercanías de la puerta principal.

—Cualquier día de éstos se va a ver dirigiendo el tráfico, Smith.

El agente agrandó los ojos.

—¿Cuánto tiempo lleva en la brigada? ¿Todavía no se ha enterado de que el bar de Sam tiene una puerta de salida en el patio posterior?

Y lanzando un bufido Briggs regresó a la brigada. El «pájaro» había volado.

CAPÍTULO VII

Richard no tuvo necesidad de abrir la puerta de la casa de los Curtenay porque la puerta estaba ya ligeramente entornada.

Aquello le puso en guardia y antes de entrar tomó algunas precauciones. Cuando al fin abrió, vio que todo ofrecía un aspecto normal, sin embargo, avanzó por el *hall* con cierto sigilo.

Conocía bien la puerta del despacho de su futuro suegro. Estaba allí, comunicando con el *living*.

La puerta tampoco estaba cerrada por completo y recordando el tiempo en que permaneció allí cuando fue en busca de su novia, se dijo que entonces la había visto cerrada.

Avanzó hacia allí y cuando la empujó suavemente, escuchó el ruido inconfundible de alguien moviéndose en algún sitio de la casa.

Dudó un instante. Buscó con la mirada por todo el despacho.

Sin duda alguien había estado resolviendo por allí.

Se volvió con una sospecha.

Fue entonces cuando vio de forma fugaz una figura que corría por la parte trasera, la de la piscina.

Lo había visto a través del ventanal sin poder precisar de quién se trataba, aunque tenía la vaga idea de que aquella forma no le era del todo desconocida, como si se tratara de alguien que por la forma de moverse le recordara algo...

Corrió hacia la cocina para salirle al paso. Pero el fugitivo aceleró la marcha.

También Richard redobló sus esfuerzos y cuando logró salir fuera de la casa, su perseguido se esfumaba por entre los setos.

Richard no cejó en su persecución y continuó sobre los pasos del que se le escapaba. Tal vez... ¡El asesino!

Richard sin embargo, no pensaba en esos momentos en ningún asesino. En principio únicamente quería atrapar al hombre que

había estado robando o intentando robar en la casa... concretamente en el despacho de su futuro suegro.

¿Qué podía buscar allí?

¡Las postales y la foto!

Se abrió paso entre los setos.

Corrió unos veinte metros hacia el muro de una nueva villa en construcción.

No había nadie que trabajase en ella en aquellos momentos.

Un barracón de madera para guardar las herramientas de los obreros estaba cerca del muro y dentro del pequeño barracón alguien le estaba acechando.

Richard llegó hasta el muro e intentó orientarse.

Se fijó en el barracón cuya puerta se hallaba entornada. Dudó entre seguir hacia allí o dar un rodeo a la pared. Optó por lo primero.

Se aproximó al barracón.

«Alguien» tenía una pala levantada, aguardando a que Richard entrara. Y Richard se hallaba ya junto a la puerta. Se pegó a un lado y la empujó suavemente. La puerta mal construida gruñó ligeramente.

Desde fuera, Richard podía ver algunos materiales puestos allí para preservarlos de la intemperie, también habían herramientas.

Entró despacio.

La pala del desconocido se hallaba a punto para soltar el golpe en cuanto Richard hubiese traspuesto totalmente el umbral.

El desconocido se hallaba detrás de la puerta.

Richard no pasó del umbral y luego volvió a salir intentando encontrar el posible sendero seguido por el fugitivo.

En aquella zona, y a consecuencia de las obras, el suelo estaba ligeramente blando, por el agua utilizada al mezclar el cemento.

Descubrió unas huellas y se inclinó para ver la dirección que tomaban.

Le parecieron huellas recientes.

De pronto comprendió la verdad. ¡El fugitivo se hallaba en el barracón! Se levantó y se revolvió rápidamente, pero entonces todo ennegreció para él.

No sintió el golpe que se abatió sobre su cabeza porque quedó privado del sentido.

Cayó allí mismo, junto a los pies de quien acababa de golpearle.

Uno de los agentes de un coche patrulla vio cruzar como una exhalación al muchacho a unos cincuenta metros carretera adelante.

El muchacho vestía pantalón tejano y chaqueta de piel y tenía un pelo largo sin exagerar, pero bien cuidado.

—¡Eh! —exclamó el agente—. ¿No es ese Vincent Cabot?

—Creo que sí —dijo el agente conductor.

—¿Dónde diablos va con tanta prisa? Creo que llevaba algo en la mano. Cualquiera día ese muchacho dará un disgusto a su madre —repuso el agente que había hablado.

—Podemos echar un vistazo. Si va campo a través, lo alcanzaremos por el atajo.

—Me gustaría saber de dónde sale con tantas prisas —repuso el mismo agente que le había reconocido al principio.

El auto policial dio un giro a la derecha para internarse por un sendero vecinal.

Al poco tiempo Vincent Cabot, el muchacho que estuvo merodeando en el jardín posterior de la casa de los Curtenay, apareció de nuevo a unos veinte metros del vehículo.

—Acelera y córtale el paso —dijo el mismo agente de antes.

El chófer obedeció mientras Vincent seguía corriendo campo a través por una zona de descampado y paralelamente al sendero que seguía el auto.

—Métete dentro —dijo el agente.

El conductor hizo una maniobra para cortar el paso al joven que tanta prisa demostraba.

Vincent, al ver que el auto le impedía la marcha, trató de esquivarlo, pero comprendió que sería inútil, porque el agente descendía en aquellos momentos y le llamaba.

—¡Eh, muchacho! Soy Clarence, ya me conoces... Ven, acércate.

Vincent retrocedió como si de repente se viese acorralado.

—No... No... Yo no he hecho nada... Nada... —Y escondió las manos detrás del cuerpo.

Lo que ocultaba era el bañador de Peggy Curtenay. El agente Clarence se aproximó.

—Vamos, vamos, Vincent. ¿Qué es lo que ocultas ahí?

—No es nada que les interese... ¡Vamos, déjeme en paz!

Pero el agente ya estaba a menos de diez metros del chico.

—Vincent... Vivimos tiempo malos, ¿eh? No querrás que te echen el guante por una tontería que no debe tener importancia... Ya sabes que tenemos orden de emplear mano dura, y tú eres un buen chico.

Vincent asintió como un idiota. Se hallaba como hipnotizado por los ojos del agente, que ya no estaba a más de cinco metros.

—Yo no... No... —tartamudeó.

De pronto reaccionó y echó a correr. Clarence, aunque maduro, demostró su agilidad y salió tras él al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Condenado muchacho!

Le alcanzó lanzándose contra suya. Ambos cayeron al suelo y Vincent dejó caer el bañador que llevaba en las manos.

—¡Eh! —exclamó el policía—. ¿Qué diablos es esto...?

Y al comprobar que se trataba de dos piezas femeninas movió la cabeza consternado.

—Un biquini... ¿De dónde diablos lo has sacado? Está húmedo...

Vincent sonrió estúpidamente.

—Sí, pero huele bien, ¿eh? Es el perfume de ella... El perfume de su cuerpo... No me pueden hacer nada por esto... Yo... Yo lo he encontrado...

—¡Vamos, Vincent! Dime de dónde has sacado esas prendas —espetó el policía puesto ya en pie y ayudando enérgicamente al muchacho a levantarse—. Te pregunto de dónde lo has sacado.

Richard volvió en sí con la sensación de que alguien le estaba empujando. Abrió los ojos y sintió un intenso dolor en la cabeza. Entonces levantó la mirada y vio el rostro del hombre.

Y oyó su voz:

—¡Eh! ¿Qué le ha ocurrido a usted, amigo?

Richard parpadeó, confuso todavía. Luego reconoció al hombre. ¡Era Mike! Le había visto sólo una vez cuando llegó a la casa unas horas antes, pero su figura le quedó grabada en la mente, y su aspecto en general, porque Mike se le antojaba poco menos que inconfundible.

Y Mike le ayudó a levantarse.

—Bueno... ¿No dice nada? Yo le vi llegar antes a la casa vecina. Soy...

—Sé quién es usted... —atajó rápidamente Richard—. Creí...

Creí que estaba en la brigada.

—Creo que ya no tenía nada que hacer allí. ¿Dónde está la familia? En la casa no hay nadie. ¿Qué pasa aquí? No creo que yo les haya asustado, ¿eh?

—¿Desde cuándo está usted aquí?

—Hace cinco minutos. No vi a nadie, pero me pareció que aquello estaba algo revuelto, con la puerta abierta y todo. En fin, di un rodeo y le encontré a usted.

Richard le miró con cierta desconfianza.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las dos...

Consultó su propio reloj. Se había hecho añicos con la caída.

—Me gustaría saber el rato que he pasado ahí en... ¡Oiga! ¿Seguro que usted no me vio llegar? —La pregunta estaba cargada de intención.

—Muchacho, parece que le han golpeado y que está buscando a un culpable; apunte en otra dirección. Ahora las preguntas voy a hacerlas yo.

—¡Déjeme en paz! Tengo que averiguar quién ha entrado en la casa.

—Está bien, vamos... Pero antes dígame qué es usted para la familia.

—Soy el prometido de Peggy. ¿Satisfecho?

—Bien. Yo soy el hermano del padre de Peggy. Tu futuro tío en cierto modo.

Richard le lanzó una mirada llena de dudas. Mike pareció comprenderle, pero no hizo el menor comentario.

Luego en la casa, pasaron directamente al despacho. Richard comprobó que había sido todo registrado sin demasiados miramientos, como si el ladrón tuviera prisa.

Siguiendo las indicaciones de Peggy buscó en el cuarto cajón del escritorio y no encontró nada. Luego miró en el armario, que había sido abierto igualmente.

Al abrir la puerta cayeron algunos archivadores y en el suelo aparecieron un par de álbumes. Uno de ellos estaba abierto.

Richard no tardó en comprobar que una de las fotos había sido arrancada. Mike, que había permanecido atento al movimiento de Richard, preguntó al fin:

—¿Puede saberse qué diablos busca?

—¿De veras no lo adivina...?

—No me gusta hacer de adivino, ni tengo humor para ello. Vamos, hable de una vez.

—Busco las cartas que usted envió a su hermano... Y una fotografía suya... Pero por lo visto alguien las buscó antes que yo.

Mike frunció el entrecejo.

—¿Para qué?

—¿Por qué no vuelve a la brigada y lo explica al teniente... «tío Mike»?

—No me gusta su tono, muchacho.

—¿Quién le conoce a usted? ¿Eh? ¡Diga! Sólo por su letra y por la foto que el señor Curtenay guardaba podían identificarle...

—¡Ya basta! No le consiento que...

Avanzó hacia Richard y Richard se hallaba demasiado nervioso para dejarse impresionar, lo que por otra parte no era fácil, y por ello intentó sujetar a Mike.

Mike le separó las manos con gran fuerza. Que era hombre duro saltaba a la vista.

Richard trató de desasirse para golpearle. Y lo hizo, pero no pudo llegar al cuerpo de Mike, porque éste supo detener el golpe con el antebrazo.

—Si vamos a ser de la familia no quiero hacerte daño, muchacho —dijo ya tuteándole al tiempo que detenía un segundo golpe del joven—. Pero ¡diablos!, estate quieto...

Y como Richard seguía dando guerra, le golpeó en el rostro mandándole contra la mesa del escritorio.

Richard no se arrugó y saltó hacia delante para pasar al ataque.

Al golpear dio con el puño de Mike y ambos quedaron resentidos, por lo que hubo una pausa de tres o cuatro segundos.

—Basta ya, muchacho —espetó Mike—. Llévame donde está mi hermano y así se acabarán de una maldita vez todas esas estúpidas dudas...

Con los puños prietos, presto a saltar nuevamente sobre Mike, Richard exclamó:

—Don Curtenay está en el hospital. Alguien le agredió y ahora lucha entre la vida y la muerte. ¿Tampoco lo sabía usted «tío Mike»?

—¿Eeeh?

El ímpetu de Mike decreció. Aquellas palabras parecieron inmovilizarle.

En aquellos momentos apareció Briggs en la puerta.

—¿Interrumpo algo, señores? —preguntó con su peculiar voz tranquila el policía.

CAPÍTULO VIII

Mike se hallaba nuevamente en la brigada frente al teniente Briggs.

Aquella vez el capitán quiso estar presente en el nuevo interrogatorio.

—No debió usted abusar de nuestra confianza —dijo el jefe de la brigada, reprochándole a Mike el haber salido por la puerta trasera del bar.

—Yo no abusé, amigo. Me marché porque nadie me dijo que estaba detenido —fue la respuesta de Mike.

—Bueno, Briggs, empiece a soltarle todo lo que sabemos de ese pájaro o voy a perder los estribos —soltó el capitán.

—Si tenían algo más que preguntarme... ¿Por qué no lo hicieron antes? Por su culpa voy a perderme mi primer día aquí... Y nadie me dice nada de mi hermano. ¿Qué es lo que pasa? ¡Vamos, teniente! Hable de una vez. Ahora soy yo el que está a punto de perder la calma.

Briggs atajó, empezando su ataque:

—Mentira... Dijo usted que le echamos a perder su primer día. Y esto es falso. Usted llegó anoche. Y no trate de confundirnos porque lo hemos comprobado.

Mike quedó a la expectativa.

—Tiene usted un coche muy llamativo —siguió el policía—. Un coche que fue embarcado en un avión mixto desde Nueva York a St. Louis en el vuelo 415. El que llega aquí a las ocho de la noche.

Mike continuó sin pronunciarse.

El capitán soltó:

—¿Por qué trató de hacernos creer que había llegado hoy mismo?

—Esto son asuntos familiares. Ustedes me lo preguntaron delante de la familia y yo...

—Se lo volví a preguntar aquí mismo esta mañana —recordó Briggs.

—De acuerdo, no vi qué importancia podía tener esto.

—La tiene, Curtenay, La tiene porque su coche, su «Cadillac» descapotable, americano, con matrícula de Canadá, fue visto frente a la casa de Virginia Stephenson, la muchacha que fue asesinada por un maníaco sexual.

—¡Ah, ya! Con que se trata de eso, ¿eh? —repuso Mike parsimoniosamente.

De hecho la afirmación del policía no parecía sorprenderle en absoluto, casi daba la sensación de que la estaba aguardando.

Briggs continuó:

—Mintió usted en varias ocasiones, señor Curtenay... Primero en su llegada, después en decir que no conocía el parque donde fue atropellada esa niña...

—Se equivoca, teniente. El parque no lo conocía. Soy nuevo aquí... Y tampoco sé nada de lo que dice que mi coche fue visto delante de la casa de esta muchacha.

—Pero llegó usted anoche y no hoy.

—Eso sí es verdad. Pero ¿qué puede probar?

—Podría probar que usted es el asesino que buscamos... La niña... La niña atropellada en el parque, dormía en casa de Virginia Stephenson. Seguramente la despertaron los gritos de su tía, aunque ella ignoraba lo que la despertó. Oyó ruido y asomó por la ventana y así pudo ver el coche... Y luego un hombre que subía a él y arrancaba rápidamente. Por fortuna para la pequeña, no sospechó lo ocurrido, y cuando llegaron los padres de Virginia ella seguía ignorando que su tía había muerto... La sacaron de allí y cuando le preguntaron sin decirle la verdad si había oído algo, ella contó, lo del coche y lo del hombre que salía de la casa sin darle mayor importancia.

Briggs hizo una pausa para continuar:

—Los padres de Virginia nos lo contaron y silenciamos la noticia para no alertar al asesino y poner en peligro a la pequeña. Pero algo falló, porque sin duda el asesino antes de poner en marcha el coche debió ver a la pequeña por la ventana...

—Si estaba oscuro... —terció Mike, interesado en la historia como si no fuera nada contra él.

—Estaba oscuro sí, pero puede que el asesino conociese a la pequeña o tal vez merodeó por allí a la mañana siguiente cuando se descubrió el crimen, con el único objeto de identificarla para posteriormente poderla eliminar y así librarse del único testigo.

Y tras la última pausa Briggs concluyó:

—¿No le parece un buen motivo para querer ocultar que llegó ayer y no hoy, señor Curtenay?

Richard se hallaba de nuevo en el hospital junto a Peggy, a su madre y a Tony.

—¿Algo nuevo? —inquirió apenas llegar.

—Nada —repuso Tony—. Yo he salido un momento para tomar un bocadillo. Pregunté a la señora Curtenay si quería algo, pero no tenía apetito. Yo creo que debe tomar algo...

—No, déjala ahora. Tony —pidió Peggy.

Aggie Curtenay parecía ausente de todo. Sentada en un banco común, cabizbaja, sumida en Dios sabe cuántas meditaciones no tenía siquiera fuerzas para llorar aunque sus ojos estaban completamente enrojecidos.

Tal vez en aquellos instantes la vida de su esposo estaba en la punta de un bisturí o en la inspiración del uno de los cirujanos, recordaba los momentos felices que habían culminado en aquel veinticuatro aniversario revivido en los días inmediatamente anteriores.

Ahora todo debía parecerle lejano, remoto, casi como un soplo, imaginando que ya nunca más volvería la felicidad para ella. Ella que a sus cuarenta y cinco años se conservaba en la plenitud, con todas las ilusiones, confiando aún en el futuro, deseando vivir al lado del hombre al que siempre había amado y que siempre se había entregado a ello con todo su ser.

—Más de cuatro horas —murmuró Tony aproximándose a Richard—. Llevan más de cuatro horas ahí dentro y no sueltan prenda. Esos malditos matasanos...

Peggy se sentó junto a su madre.

Tony preguntó:

—¿Qué diablos pasa? El teniente ha venido y se ha marchado como un rayo. Presiento que ocurre algo.

—Han robado la correspondencia y la fotografía de Mike Curtenay.

—¡Je! —exclamó Tony, pero sin el menor síntoma de jocosidad en su exclamación.

—Sí... Todo parece indicar que alguien está interesado en que no se pueda comprobar la identidad de ese individuo.

—Es un impostor, no hay duda. No me extrañaría que él mismo hubiese agredido a tu futuro suegro.

—Sí, pero... ¿Cómo puede saber tantas cosas de la familia?

—Eso no debe ser tan difícil averiguarlo... Puede que matara al auténtico Mike Curtenay. Podían ser buenos amigos y un día ¡zas! Y con todo lo que el verdadero Mike pudo haberle contado, pues... lo aprovechó para presentarse aquí y...

—Pero ¿con qué objeto? —siguió preguntando Richard, como si hablase consigo mismo.

Sí. Porque Richard también se había formulado las mismas preguntas.

Y añadió:

—Hemos tenido una pelea... Ya sabes que no me achico, pero sé comprender cuándo, alguien es más fuerte que yo. Mike lo es... Y no trató de abusar de su mayor fortaleza. No pretendía luchar... Claro que puede ser un ardid, pero si es un impostor, caerá en manos de la policía. Hay medios para poder averiguar la verdad.

—Claro que hay medios... ¿Cuáles?

—Bueno... Averiguando de dónde procede. Se puede enviar una telefoto. Un hombre puede suplantar a otro indefinidamente...

La salida de uno de los médicos que hasta entonces habían permanecido en el quirófano cortó la conversación.

El médico hizo una indicación a Richard, pero Peggy lo advirtió y corrió tras él.

Tampoco la señora Curtenay se quedó atrás.

—Bien. Hemos terminado. De momento no se puede decir nada. Ha perdido mucha sangre y la conmoción sufrida por los golpes recibidos es de carácter muy grave. Ha faltado poco para que se rompiera la base del cráneo... Es difícil vaticinar lo que puede suceder. Se mantendrá en observación hasta que reaccione. Es todo cuanto puedo decirles.

—¿No puedo verle? —preguntó Aggie.

—No serviría de nada, señora. Está inconsciente.

—Sólo un momento —pidió la mujer.

—Está bien. Entre usted sola. No le hable, sería inútil.

—Sí, doctor...

Entró Aggie sola. Estuvo algunos momentos ante su marido. Toda su cabeza se hallaba vendada y él permanecía inmóvil, inconsciente, tal como le habían informado.

En aquel estado mal podía identificar a su hermano.

Y en la brigada, el teniente Briggs exigió de Mike:

—Bien, estamos esperando que nos explique los motivos que le indujeron a silenciar su llegada anoche... Y de paso cuéntenos también en qué utilizó su tiempo. Díganos sólo lo que pueda probarse.

Mike carraspeó, mostrándose absolutamente sereno.

—Bien, teniente. Voy a complacerle.

Se arrellanó en su asiento y se dispuso a relatar los motivos de haber mentido.

CAPÍTULO IX

—Era muy tarde cuando llegué al aeropuerto y como saben, hay que esperar un poco que descarguen los vehículos. Así que casi eran las nueve cuando estuve en condiciones de salir en dirección a casa de mi hermano. Una hora bastante intempestiva. Decidí llamar por teléfono.

Sí. Mike había llamado por teléfono desde el aeropuerto, pero nadie le contestó.

Mike ignoraba que su hermano y su cuñada estuvieron celebrando su aniversario de bodas lejos de su casa.

Tampoco podía saber que Peggy había salido con su novio, con el que estuvo bailando en una discoteca hasta cerca de la medianoche.

Entonces Mike decidió tomar habitación en un hotel para presentarse a casa de sus familiares al día siguiente.

Fue al Rex, un buen hotel del centro, y se inscribió con su nombre: Michael Curtenay.

Después de subir a su habitación, tomarse un buen baño y cambiar sus ropas decidió dar una vuelta por la ciudad.

St. Louis siempre ha sido la localidad mimada del Medio Oeste y muy animada por las noches, tanto que dejando a un lado el colosalismo de las grandes urbes poco tiene que envidiar a las demás, porque posee de todo y en abundancia de lo que precisa para divertirse.

No faltan restaurantes en los que se sirve comida a todas horas, discotecas modernas y viejos y tradicionales clubs con atracciones de primera línea. Los clásicos *dancings* e incluso bares concurridos por los jóvenes que desean la compañía de muchachas.

Mike puntualizó a la policía que sólo había sacado del coche una maleta que contenía una parte de sus objetos personales y que lo demás lo había dejado en el portaequipajes del coche y en su

asiento trasero. Así había hecho todo el viaje, desde que embarcó en Canadá a otro avión mixto en el que transportó su automóvil.

Mike siguió explicando que antes de subir a la habitación, el encargado de la recepción del Rex le había preguntado si deseaba que le encerraran su coche en el garaje, pero él contestó:

—No. Pienso ir a dar una vuelta por ahí.

Y así lo hizo.

No podía precisar con exactitud los locales. Primero fue a un restaurante italiano porque sentía apetito. Estuvo como una media hora en el restaurante.

El teniente hizo un inciso para puntualizar:

—¿A qué hora salió?

—Bueno... Entonces serían más o menos las diez y... cinco o diez. Y cuarto tal vez.

—¿Adónde fue luego?

—A un club. Yo soy de los de la vieja escuela. Además, ahora hacen Streap-tease...

—¿Hasta qué hora estuvo?

—Bueno, el espectáculo no valía gran cosa. Los había visto mejores y me fui a una discoteca hasta... la medianoche poco más o menos.

—Todo esto, naturalmente, no puede probarlo. ¿O acaso entabló conversación con alguien?

—No, teniente. En este aspecto, si lo que quiere saber es si tengo una coartada, debo decirle que no. No hablé con nadie.

—¿Dónde fue al salir de la discoteca?

—A pasear...

—¿Dónde?

—A pie hasta el hotel. Bueno. La verdad es que di un buen rodeo.

—¿Y dejó... el coche frente a la discoteca?

Tras una pausa, Mike contestó:

—El coche ya no estaba allí.

—¿Qué quiere decir?

—Me lo habían... Me lo habían robado.

—¿Y por qué no lo denunció? —saltó el teniente.

—Mire, teniente. Yo acababa de llegar. No había nadie en casa de mi hermano, porque volví a llamar para cerciorarme. Pensé

que... En fin, uno lee en los periódicos la cantidad de automóviles que desaparecen todos los días y los pocos que se recuperan. Yo no critico a los servicios de la policía, pero confío poco en ellos. Así que pensé... Bueno, que ya lo denunciaría en otro momento. Tenía sueño. Estaba cansado y preferí irme a la cama. El teniente chasqueó la lengua varias veces en señal de incredulidad y preguntó:

—¿Abandonando todo lo que llevaba dentro? Porque usted ha afirmado hace poco que llevaba el resto de su equipaje dentro del coche.

—Bueno, tengo bastante dinero, podía comprar otras cosas. Me sabía mal por los recuerdos que traía para la familia, por lo demás... ¿Qué más me daba?

—Muchos no opinarían como usted.

—Yo dejo que los demás piensen como quieran, teniente. Le he explicado lo que usted deseaba saber.

—Ya. De ese modo usted no sabe nada de su coche a partir del momento en que entró en la *boîte*.

—No. No lo sé. Debían ser las once. Puede que me lo quitaran entonces.

—Bien, dejemos esto ahora momentáneamente. ¿Dónde recuperó el coche?

—Donde usted ya sabe, teniente. Esta mañana quería dar un rodeo para dar tiempo a que mi hermano estuviera en casa.

—Un momento —interrumpió el policía—. ¿Ya qué hora habló usted con su hermano?

—Pues... Eran... las nueve poco más o menos.

—¿Sabe que es la hora en que poco más o menos se supone fue golpeado?

—Teniente —repuso parsimoniosamente Mike, aparentando una calma que estaba lejos de tener—, esto ya empieza a ser demasiado. Mi nombre es Mike Curtenay. Soy hermano de Don, y yo no le agredí. ¿Está claro?

—Bien, bien —repuso el policía como si diese por buena la observación de Mike—. Encontró usted el coche cerca del parque.

—Sí. Le vi mientras iba en el autobús. Bajé. Estaban las llaves puestas y todo intacto. No faltaba nada. Me consideré afortunado. Lo tomé y continué mi paseo. Debió ser entonces cuando cometí esa

infracción de que me hablaron ustedes. Yo no lo recuerdo.

—Bien, señor Curtenay. Dígame ahora qué hora era cuando usted encontró su «Cadillac».

—Más o menos las 9,30 o treinta y cinco, no tengo por costumbre estar mirando continuamente mi reloj.

Briggs cambió una mirada con el capitán. Ambos pensaban en lo mismo. En que el accidente de la niña se había producido a las 9, o sea a la misma hora en que Mike afirmaba que había hablado con su hermano. Y el recorrido desde la fábrica hasta el parque en autobús no era superior a los veinte minutos, lo que de ser cierto lo que decía el pretendido hermano de Don, le borraba por completo de la lista de sospechosos, en la que parecía el único candidato.

No obstante, Mike no podía probar lo que decía con el testimonio de otras personas.

—Si allí ocurrió un accidente —añadió Mike— yo no me di cuenta. Tal vez porque tuvo lugar «antes», de lo contrario mi coche no habría estado allí.

—Bien. Si admitimos como cierto lo que usted dice —interrogó ahora el capitán—, ¿por qué diablos mintió cuando esta mañana Briggs le mostró las fotos sacadas de la película?

—Bueno. No creí que tuviese tanta importancia. Además, deseaba dar por terminado este asunto. Compréndalo. Me reúno con mi familia al cabo de tantos años y el primer día me encuentro con una serie de contrariedades.

—El segundo día —rectificó el capitán.

—¡Ya les expliqué los motivos, diablos! —replicó Mike, violento—. Y no creo que haya nada delictivo en mi proceder. Ni en no denunciar el coche, ni en recogerlo, y en desear salir de una maldita vez de ese cuchitril infecto.

Miró alrededor y verdaderamente aquel despacho además de anticuado necesitaba en cuestiones de limpieza una urgente puesta al día.

—¿Verdad que no hay nada delictivo? Pues entonces, buenas tardes. Si quieren saber, dónde voy, de momento estaré en el hospital. Si me dicen en qué hospital han llevado a mi hermano.

Nadie pareció impedir su marcha y así Mike, casi sorprendido, pero sin salir de su decisión, llegó hasta la puerta de salida del despacho del teniente y se volvió.

—¡Ah! Y tengo que decirles otra cosa. Si persiguen a un sádico, se están portando como zoquetes. Puesto que yo llegué, ayer, ¿cómo diablos pude cometer el otro par de crímenes que achacan a la misma persona?

Y ante la mutua mirada de los dos policías, Mike añadió:

—Sí... También he tenido tiempo de leer periódicos a la vuelta de mi país. Esta mañana compré un par de ellos para saber cómo andaban las cosas por aquí. ¿Saben lo que pienso? Que no siento en absoluto haber estado veinte años ausente.

Le dejaron ir.

Cuando hubo marchado, un agente asomó la cabeza con una muda pregunta en su semblante.

El capitán saltó como si le hubiese picado un bicho en el trasero.

—¡Que sigan hasta su sombra!

—Sí, señor.

—Quiero saber hasta el tiempo que emplea para ir al retrete. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—¡Y no quiero fallos!

—No, señor.

Cuando el agente desapareció, se volvió hacia su subordinado, el teniente Briggs, y resopló:

—Supongo que piensa lo mismo que yo, ¿verdad?

—Sí, señor. Pensaba dejarle suelto para que se confiara. Pero la verdad es que ya no estoy tan seguro si el seguirle puede servirnos de algo.

—Un «Cadillac» que vale cinco mil dólares tal como está ahora, no se abandona así como así para no denunciar su robo.

—No, pero... Lo que ha dicho últimamente es cierto. ¿Cómo diablos pudo matar a las otras chicas si estaba en Canadá?

—¿Y lo estaba realmente?

—Bueno, de momento hemos comprobado sus papeles. Si son falsos, habrá que ir pensando en alguien que hace la competencia al Gobierno. Claro que ya se han dado otros casos. Por lo demás, sólo nos falta mandar las fotos que le hemos tomado sin que se diese cuenta mientras estaba aquí. Nuestros colegas canadienses no tardarán en prestarnos su ayuda para decirnos si conocen a ese hombre, pero la verdad es que yo nunca le seguí pensando en que

fuera el sádico que buscamos.

Hizo una pausa para añadir:

—Pudiera serlo en caso de ser un falsario. Podía incluso haber viajado hasta Canadá para confundirnos. Pero puede haber dicho la verdad.

—¡Que me aspen si le entiendo, Briggs! No me hable en crucigrama —soltó el capitán.

—Pues yo pensé que tal vez yendo detrás de Mike Curtenay encontraríamos al verdadero asesino.

El capitán soltó un bufido.

Briggs aún añadió:

—Bueno, a menos que nuestros colegas canadienses nos den una información que cambie el aspecto de las cosas.

A continuación Briggs salió del despacho para volver al hospital.

Antes de salir anunció:

—¡Ah, señor! Pienso poner una trampa al asesino. Un cebo. Espero que pique. Hasta luego.

CAPÍTULO X

Mike se dirigió directamente al hospital. Su llegada fue acogida con cierta frialdad, pero él no pareció darle ninguna importancia.

—Siento lo ocurrido, Aggie. Lo siento, y espero que mi hermano se reponga de esto. Y te prometo una cosa, sea quien sea el que haya atentado contra su vida pagará caro lo que ha hecho.

Peggy estaba con Richard, que había vuelto directamente desde la casa.

Tony se había marchado ya, prometiendo volver más tarde.

Aggie Curtenay no hizo ningún comentario a las palabras de Mike. Le miró largamente en silencio.

—Yo no tengo nada que ver con todo esto, Peggy —dijo entonces, mirando a la muchacha y olvidando a Richard, que ni siquiera miró—. Soy tu tío. Soy el hermano de Don.

Richard intervino para cortar el nuevo silencio.

—Vamos a casa, Peggy. Te acompañaré y no voy a dejarte sola.

—No se preocupen por mí. De momento si esta noche duermo en algún sitio, será en el hotel.

Ni Aggie ni Peggy hicieron el menor comentario. La verdad es que aquella situación, al margen de la tragedia, continuaba siendo para ellas tan extraña y anormal como lo había sido desde el primer momento en que Mike se presentó en la casa.

¿Que podían hacer?

Dudar de él les parecía una grosería. Aceptarlo, una ligereza, y por lo demás estaban demasiado aturcidas, demasiado confusas y sobre todo preocupadas.

Un médico apareció para indicar a Aggie:

—Aquí no puede hacer nada, señora. No se sabe cuándo ocurrirá la reacción de su marido.

—No pienso moverme —fue la decidida respuesta de la señora Curtenay.

—Pero en su casa descansará usted —insistió, el médico.

—¿Usted cree que puedo descansar? —respondió la esposa del herido.

Mike obtuvo permiso para entrar un momento en la habitación de su hermano.

Lo hizo. Se quedó a los pies de la cama y su rostro pareció endurecerse, cobrando toda la violencia que hasta entonces no había mostrado.

Cualquier psicólogo en aquellos instantes hubiese comprendido perfectamente que tras aquel rostro jovial y mundano, que tras aquella apariencia deportiva, Mike escondía una dureza implacable, casi despiadada.

Cuando volvió a salir coincidió con la llegada del teniente Briggs, que en aquellos momentos hablaba con Richard.

—Su amigo Tony Miller, había salido con Virginia Stephenson, ¿verdad?

—Algunas veces sí —afirmó Richard.

—Quizá él podría decirnos algo.

—Creo que hace tiempo que no se veían —repuso Richard.

Peggy asintió.

—Las dos últimas veces que salimos con Virginia, ella iba con dos muchachos distintos.

—Sí. Esto ya lo sabemos. Mis compañeros han interrogado ya a esos chicos. Todos tenían buenas coartadas... —repuso el policía.

Richard saltó:

—¿Acaso sospecha usted de Tony?

—Mi deber es hacer preguntas a todos los que de una forma u otra tuvieron amistad con esa pobre muchacha.

—Comprendo, Seguramente encontrará a Tony en su casa.

—¿Alguien hablaba de mí? —preguntó entonces la voz del aludido.

Tony acababa de llegar.

—Sí, quería hacerle unas preguntas respecto a Virginia.

—Las estaba esperando, teniente, pero temo que poco podré ayudarle.

—Bien, tengo algunas cosas que hacer, si no le importa hablaremos aquí mismo.

—Buenas tardes —dijo entonces Mike, dispuesto a salir.

—¿Dónde estará usted, señor Curtenay? —preguntó el teniente.

—No le será difícil localizarme, teniente. Sólo tiene que preguntar a los sabuesos que ha puesto detrás de mí desde que salí de la brigada.

—Bien, sólo tengo que advertirle que no abandone la ciudad sin antes comunicármelo.

—¿Cree que voy a marcharme con mi hermano cómo está? —Y Mike miraba desafiante al policía.

—Lo decía únicamente porque... parece que existe alguna esperanza acerca de la niña atropellada esta mañana. Ha reaccionado favorablemente y es posible que después de esta noche ya esté en condiciones de hablar y seguramente podrá reconocer al hombre que buscamos.

Mike se alejó sin hacer el menor comentario. Lo último fue mirar a su cuñada con expresión apenada.

El agente que detuvo al joven Vincent Cabot, regresó a la casa donde residía el muchacho tras terminar, su servicio.

Vincent residía con su madre en una zona de las afueras, en una casa que formaba parte de un barrio humilde.

La madre andaba dentro de la casa preparando lacena después de una agotadora jornada de trabajo.

La señora Cabot era negra, aunque su hijo, no reconocido por su padre, hubiese salido blanco.

Esta circunstancia había hecho que su hijo creciese amargado con las consecuencias de una soledad que él mismo buscaba.

No resistía ninguna clase de trabajo. Constantemente le despedían de las casas en donde había trabajado, por su carácter díscolo y extraño, que pasaba de la más completa introversión a la violencia. Algo no andaba bien en su cabeza.

No tenía amigos ni tampoco los buscaba. Tampoco era fácil verle con una chica de su edad como hubiera sido lógico.

El policía Clarence, viejo conocedor de aquellos barrios y de las vicisitudes de sus moradores, intentaba comprenderlos a todos y especialmente a Vincent. Veía en él —igual que en tantos otros— a posibles criminales en potencia, a los que si se les sabía echar una mano a tiempo sería fácil librarles de un futuro que en muchos parecía predestinado.

Y el policía Clarence se aproximó al joven.

—¿Está tu madre dentro?

El chico asintió.

—¿Has devuelto ya aquello que «encontraste»?

Vincent, que seguía en su tarea de sacarle punta a un trozo de madera con la afilada hoja de una navaja automática, no contestó.

—Vamos, Vincent. Yo he cumplido mi parte en el pacto que hicimos. ¿Recuerdas? Tú devolverías esas prendas y yo pasaría por alto el haberte visto.

—¿Se lo dirá a ella? —inquirió de pronto Vincent rompiendo su mutismo.

El policía sabía que «ella» era su madre.

—Tu madre no sabrá nada. Nadie lo sabrá. Pero tú debes prometerme que nunca más harás lo que has hecho.

—No... No he podido ir, ¿sabe? No he podido devolver ese bañador.

—¡Diablos! ¿Y por qué no has podido?

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Había alguien en la casa. Alguien que me espiaba. Lo sé.

—¿En casa de los Curtenay?

—Sí.

—¿Quién diablos estaba allí?

—No lo sé. Pero había alguien. Estoy seguro.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

Vincent se encogió de hombros.

—Escucha, muchacho. Andan buscando a una persona muy peligrosa. Quiero librarte de esto porque sé que no eres tú. ¿Sabes?

Vincent no contestó.

—Buscan a un hombre que asesinó a una chica.

—¡No! —gritó el chico, como si acabaran de pincharlo.

—Cálmate. Sé que no eres tú porque anoche estuve de servicio hasta las doce y al pasar por aquí te vi en tu cuarto. Tras la ventana.

Vincent forzó una sonrisa estúpida. Miró hacia el piso alto donde había una única ventana que daba a la parte delantera de la casa. El cristal opaco impedía ver el interior, pero cuando la luz estaba encendida podían verse las sombras de los que estaban cerca.

El policía añadió:

—También estabas leyendo cuando mataron a la otra chica hace

un mes. La primera víctima de ese sádico. Yo te vi. Sólo eso me ha impedido cogerte por una oreja y llevarte detenido a la brigada para que te hicieran unas cuantas preguntas.

—Sé que es usted muy bueno conmigo —dijo entonces Vincent en una actitud extrañamente sumisa—. Y que me vigila para que no haga nada malo.

—No me gusta que los jóvenes hagan cosas malas, ¿comprendes? Pero yo no puedo vigilarlos a todos.

—Por eso me espía.

—No te espío, Vincent. Quiero ayudarte. Si no te hubiera visto en la ventana habría sido peor para ti. No es agradable que a uno le atosiguen a preguntas, y sé que a ti no te gustan las preguntas.

Su madre asomó un momento por la puerta, lo suficiente para escuchar lo que Clarence le estaba diciendo a su hijo, pero no salió para que la conversación no se interrumpiera.

Y Vincent murmuró:

—Lo que yo he hecho no es malo. Quería tener un recuerdo de esa chica. La veo a menudo y me gusta, ya sé que es algo mayor que yo y que está comprometida, pero me gusta. Me gustan todas las chicas.

—Esto es completamente lógico a tu edad, muchacho. Y a mí me gustaría que te echaras una novia... ¡Oh! Pero volvamos a ese hombre que viste en la casa.

—Yo no le vi. Sabía que estaba allí. Y cuando me fui, me persigue, pero pude despistarle; Nadie me gana en camuflajes... ¿Sabe? Yo sería un buen comando.

—Bueno, bueno. Tú viste a un hombre que te siguió desde la casa.

—Sí, señor.

—Bueno, Vincent. Ahora tendré que mencionar todo esto. Lo siento, tengo que hacerlo.

—¡No! Usted prometió que no lo haría.

—Procuraré buscar una excusa para no comprometerte. No diré que estuvieras en la casa, sólo que estabas por allí y que viste a un hombre en la casa.

—¡No le vi! Oí el ruido. Marché asustado y entonces me siguió. Yo no me volví.

—Está bien, vamos.

La madre abrió la puerta de golpe y preguntó:

—¿Se lo lleva?

—¡Ah! Estaba usted ahí, señora Cabot... Bueno, estamos investigando un crimen. Su hijo tal vez pueda ayudarnos. Se lo devolveré pronto.

La expresión de la mujer era de terror. Un terror que se le escapaba por sus grandes ojos.

—Tranquilícese, señora Cabot. No ocurrirá nada.

Ella intentó decir algo, pero o no le salieron las palabras de la boca, o en último momento prefirió callar.

Clarence la miró en silencio y al fin tomó al muchacho por los hombros y suavemente le hizo seguir.

—Vamos. Ten confianza en mí.

CAPÍTULO XI

Peggy y Richard habían regresado a la casa. Eran las siete y la muchacha preguntó a Richard si quería que le preparase algo para comer.

—No. Sólo beberé algo. Creo que me sentaría mal. Toma también algo tú. Ya comeremos más tarde.

Ella se quedó junto al bar, no atinando a encontrar las bebidas. Él se aproximó y le cogió las manos.

—Estás destemplada. Deberías echarte un rato.

—No podría descansar.

—Debes intentarlo, Peggy. Yo no me moveré de ese sofá durante toda la noche.

—¡Oh, no! ¿Por qué no te vas?

—Porque no quiero que estés sola. Pueden llamar del hospital. ¡Qué sé yo!

—Temes por mí. Ese loco que anda suelto...

—Bueno, con lo hermosa que eres no me extrañaría en absoluto que te eligiera como presunta víctima sonrió. —Pero no ocurrirá porque tendría que enfrentarse primero conmigo. Vamos, yo prepararé el *whisky*. Un traguito y luego a la cama, ¿eh?

Ella asintió.

Richard con el vaso en la mano se acercó al ventanal del *living* y observó la calle, pronto iba a oscurecer.

Vio pasar el coche patrulla de la policía. El coche en cuyo interior iba el policía Clarence y el joven Vincent, que echó una larga ojeada a la casa.

En aquellos momentos la negra madre de Vincent había subido a la habitación de su hijo. Sus ojos estaban enrojecidos. La mujer lloraba en silencio, mientras recorría con la mirada la pequeña estancia.

Había una cama turca que era donde dormía su hijo. Un armario

en la otra pared dejando un pequeño espacio en un rincón. Luego las fotografías de la pared, casi todas estaban recortadas de revistas. Mujeres sin ropas en poses provocativas. Tenía también extraños banderines procedentes de sectas pseudorreligiosas.

Luego la madre echó un vistazo al rincón que quedaba entre el armario y la pared.

Allí había un maniquí de material plastificado. Era una mujer en cuya cabeza llevaba un bien cuidado pelo y ojos de largas pestañas. Sí. Era un maniquí de los que utilizan las tiendas para exhibir los modelos.

¿Por qué diablos tendría aquello su hijo? ¿Por qué diablos coleccionaba cosas extrañas?

El maniquí era desmontable y podía colocarse en la posición que se deseara. La mujer vio que una de las piernas estaba suelta y llevaba enfundada una media de malla negra y una liga de fantasía color rojo vivo. Sacudió la cabeza de un lado a otro con desespero y no pudo evitar una nueva crisis de llanto.

En aquellos instantes y en un despacho del hospital, el teniente Briggs estaba interrogando a Tony.

—La verdad es que Virginia —decía Tony— era una chica con la que daba gusto salir. Una de esas chicas con las que un hombre puede presumir. Pero era bastante rara.

—¿Le dio calabazas? —preguntó el policía.

—Le pedí otra vez para salir, pero me contestó que no quería amistades íntimas y que el mejor modo de no intimar con una persona era no viéndose a menudo, que por eso prefería variar.

—¿Y usted ya no volvió a verla?

—Bueno, un par o tres de veces coincidimos en alguna discoteca, pero nada más.

—¿Y esa noche, Tony? ¿Qué hizo usted? Ya sabe Ayer.

—¡Oh! —sonrió abiertamente—. Anoche estuve en el Lobo. Ya sabe, la última *boîte*. Tiene unas gogos estupendas —y en tono confidencial añadió, haciendo un inciso—. No se las pierda.

—¿Fue usted solo?

—Estuvimos unos cuantos, pero ya sabe, cuando uno se mezcla entre aquel maremágnum de luces nunca sabe exactamente con quién está bailando. Empiezas con una y... acabas haciendo amistad

con otra.

—¿A qué hora salieron ustedes?

—Algunos se marcharon antes. Habían hecho ya sus planes —y le guiñó un ojo—. Yo me quedé hasta después de la una. No recuerdo exactamente. Estaba cansado. Salí con un par de chicas. Las acompañé hasta su casa y no pasó nada. A las dos ya estaba en mi casa.

—Supongo que todo lo que dices se podrá comprobar.

—Por favor, teniente, si cree que yo puedo ser el sádico se equivoca de medio a medio.

—Mi obligación es hacer preguntas y comprobar las respuestas. Es mi trabajo. A propósito; ¿cuál es el suyo, Tony?

—Bueno. Vendo electrodomésticos a domicilio. Un trabajo libre. No se me da mal, pero no soy de esos que van para director. No. Me conformo con cumplir con el promedio de ventas que me señalan. ¡Bah! Es sólo un trabajo para ir tirando hasta que salga mi oportunidad. Todos tenemos nuestra oportunidad. Hace falta abrir bien los ojos para saberla ver en cuanto pase ante nuestras narices. ¡Y atraparla!

—Tienes un concepto de la vida muy en consonancia con la época.

—¿Por qué no? Los hay que se matan trabajando.

—¡Bah! Yo no quiero vender aspiradores toda mi vida. Ya se lo he dicho; lo justo para cumplir. Y no me va mal.

—Deme los nombres de esas amigas con las que estuvo en el Lobo.

—No irá a molestarlas a ellas, ¿eh? Esto no estaría bien.

—Si puedo no lo haré. Supongo que debe frecuentar bastante ese sitio.

—Ese y otros. Los camareros me conocen. Pregunte a ellos.

—Eso haré en principio, pero por si acaso... deme esos nombres.

—Está bien. Una se llama Suzie, la otra Sheila.

El teniente anotó en un bloc los nombres y las señas que le facilitó Tony.

Luego dio por terminada la entrevista.

Cuando el joven salió, se reunió con Aggie Curtenay y exclamó:

—¡Bah! Ahora quieren comprobar mi coartada, como si yo tuviera algo que ver. ¡Es el colmo! Tienen al que buscan delante de

sus narices, y lo dejan suelto.

La señora Curtenay miró al joven en silencio. Había un cierto reproche en su mirada y también duda, la duda que la había atenazado siempre.

—Bueno, perdone. Ya sé, ya sé que no se ha probado que él no sea el hermano de su marido, pero... ¡Canastos! No me negará usted que la forma de presentarse de ese individuo y todo el jaleo que ha traído consigo es bien extraña.

—Vete, Tony. Ya has hecho bastante por nosotros. Déjame sola. Ya has oído que aquí no podemos hacer nada.

Tony volvió a su actitud seria y formal para preguntar solícito:

—¿De veras no quiere que haga nada por usted?

—No puedes, Tony. Ve y haz lo que tengas que hacer. Y gracias por todo.

—No me las dé, señora Curtenay. No me las dé. Yo soy así, ¿sabe? Pero me gusta quedar bien con las personas que aprecio.

—Gracias.

—Si de veras no quiere nada... pues, buenas noches.

Tony salió del hospital. Ya en la calle pareció olvidarlo todo, se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar despreocupadamente una tonadilla.

Más allá entró en un bar, pidió un bocadillo.

—Que sea bien grande. Con ternera. Tengo hambre de lobo... — Y se dirigió hacia el teléfono.

Sacó una agenda color rojo y buscó un número de teléfono. Enseguida lo marcó.

Le contestó una voz femenina.

—¿Eres tú, Sheila? ¿Volvemos al Lobo esta noche?

—Es que no sé si van a dejarme salir dos noches seguidas — respondió la muchacha.

—Bueno. Di a tus tíos que sales con un buen chico.

—A veces no eres tan buen chico, Tony —repuso la muchacha con insinuante picardía.

La conversación se extendió a través de la línea telefónica.

El policía Clarence consiguió que Vincent no saliera perjudicado y el muchacho declaró lo mismo que había dicho anteriormente al propio Clarence.

—... Pasaba por delante de la casa y oí ruido. Yo... Bueno estaba

en el jardín porque me gusta mucho la piscina que tienen los Curtenay. Fue entonces cuando oí el ruido y salí. Alguien corrió tras de mí. No vi quién era, pero no podían ser los Curtenay. Ellos... Ellos me conocen y supongo que antes me habrían dicho algo.

Repitió lo mismo cada vez que Morrow —uno de los ayudantes de Briggs— intentó que el muchacho ampliara su respuesta.

—Bueno —concluyó el agente—, es posible que el teniente quiera interrogarte. ¿Estarás en tu casa mañana?

—Sí, señor, pero... Yo ya he dicho lo que sé.

—Briggs es muy meticuloso. A lo mejor quiere que le cuentes exactamente cómo ocurrió todo, en el mismo lugar. ¿Entiendes?

—¡Ah! Bueno...

Clarence había estado presente, observando detenidamente las reacciones del muchacho.

Cuando estuvieron listos iba a salir con él para acompañarlo, pero Morrow le retuvo.

—¡Eh, Clarence! Espere.

Y Clarence dijo al chico:

—Espérame fuera. Luego te llevaré a casa.

El chico obedeció y al quedarse los dos policías a solas, Morrow comentó sin que sonara a reproche:

—A este chico le ocurre algo. No está muy bien de la cabeza, ¿verdad? Parece que tiene miedo. Debió hablarnos de él.

—Bueno, es su forma de ser un poco introvertida. No hablé de él porque estoy convencido de que no tiene nada que ver en este asunto.

—De todos modos, si le conoce, no le pierda de vista.

—Descuide, señor. Suelo pasar por allí todas las noches. Yo vivo en el barrio.

Y enseguida Clarence salió, cogió a Vincent por el hombro y murmuró:

—Anda, vámonos a casa. ¿Ves? Todo ha salido bien.

Eran poco más de las once de la noche. St. Louis dormía, las calles aparecían poco concurridas porque los noctámbulos se divertían dentro de los locales, que por ser víspera de fiesta estaban muy concurridos. En los barrios de las afueras el silencio y la calma eran más acentuados todavía.

En la humilde vivienda de los Cabot, la madre estaba

escuchando la radio. Su hijo, Vincent, había subido a su cuarto sin decir nada. En aquella casa se hablaba poco. Muy poco.

La radio paró su programa musical de los sábados, para repetir una noticia que ya había venido dando en otro par de ocasiones.

—«... La pequeña Ann Shirley, salvajemente atropellada esta mañana en el parque Mosley, da síntomas del recuperarse. El último informe de los médicos es muy favorable y ya no hay duda de que mañana estará en condiciones de declarar». El locutor prosiguió:

«Como saben nuestros oyentes, la policía había silenciado que la pequeña Ann anoche fue testigo de la huida del asesino de la infortunada Virginia Stephenson. El motivo del silencio policial fue proteger a la pequeña, pero el asesino maníaco debió verla cuando la chiquilla asomaba por la ventana y decidió eliminarla, lo que intentó esta mañana en el parque, afortunadamente sin conseguirlo. Se espera, pues, que la detención del criminal no se haga esperar. Todo depende de la declaración de la pequeña Ann».

Y la radio continuó con su programa musical. La negra desconectó el receptor y miró hacia arriba. Asomó ligeramente por la escalera de madera y pudo escuchar la música procedente del transistor de su hijo.

Lo que la mujer no pudo ver es lo que estaba haciendo Vincent en aquellos momentos.

El joven, que había estado leyendo una revista ilustrada, tomó el maniquí con cuerpo de mujer que estaba tendido en su cama y cargó con él hasta el interruptor de la luz. La apagó y luego se aproximó a la ventana de cristal ahumado. Colocó el maniquí sentado en una silla, ligeramente de perfil; con la ayuda de unas maderas hizo que las manos le quedaran sujetas de modo que no pudieran caer. Colocó un libro sobre ellas y modificó ligeramente la posición. Todo ello lo hizo aprovechando la luz exterior procedente de la luna.

Luego volvió a encender la lámpara del techo, dejó la revista, tomó su chaqueta de cuero y salió, llevándose la llave. Cerró la habitación y en vez de tomar la escalera para bajar hasta el piso inferior, se dirigió al final del corto corredor. Con la ayuda de una silla a la que subió, abrió una trampa del techo y poco después desapareció por el terrado, volviendo a cerrar la trampa.

Cuando estaba lejos, caminando rápido campo a través, el

policía Clarence pasó por delante de la casa, conduciendo su pequeño y viejo «Ford» particular.

Echó una ojeada hacia la ventana superior.

A través del cristal ahumado, con la luz de la habitación encendida, la silueta del maniquí leyendo era bastante parecida a él. Por lo menos, a través del cristal y con la postura que le había dado el muchacho, el engaño resultaba si no perfecto, por lo menos suficiente para que cualquiera pudiera pensar que era el propio Vincent quién estaba allí.

CAPÍTULO XII

La sombra se deslizó por la parte trasera del hospital donde se suponía estaba internada la pequeña Ann.

La forma alcanzó una de las salidas secundarias y se coló hacia el interior. En aquella hora no era fácil cruzarse con miembros del personal del centro sanitario, donde únicamente quedaban los médicos y enfermeras de guardia y por la noche sólo solían efectuar las inspecciones rutinarias o salían de los despachos para atender casos de emergencia.

La sombra llegó hasta una escalera interior y subió hasta el primer piso. Sin duda, debía conocer de antemano el número de la habitación que ocupaba la persona a la que estaba buscando.

Al fondo cruzó una enfermera por un corredor transversal y el intruso tuvo que esconderse en un vestuario para reaparecer rápidamente.

Recorrió en la penumbra parte del corredor para meterse en un quirófano.

Buscó algo y lo guardó. Era un bisturí y otro instrumento cortante.

Salió del quirófano y volvió a la escalera hasta la planta siguiente.

Cuando salió al corredor principal, asomó un momento y vio a un par de policías sentados junto a una puerta.

La boca del hombre se entreabrió y una doble hilera de blancos dientes centellearon en una débil sonrisa.

Un par de ojos relucientes como los que había descrito una de las testigos del accidente, clavaron su mirada en aquella puerta.

El hombre avanzó decidido hacia uno de los cuartos de servicio. Fue directo a la ventana. La abrió y alcanzó la cornisa. Era estrecha, pero el individuo se arriesgó por ella. Tenía buen equilibrio y supo guardarlo. Contó las ventanas que iba pasando. Cada una de ellas

correspondía a una habitación privada.

Llegó hasta la séptima y se pegó a la pared.

Tuvo que emplear cinco minutos, porque por allí no le fue posible avanzar deprisa.

La ventana estaba entreabierta, la empujó suavemente.

Lo que el individuo no acertó a ver fue otra sombra que estaba vigilando en la esquina.

Era también un policía, que rápidamente se colocó a un lado, pegado a la pared lateral y con la ayuda de un transmisor pasó aviso a los dos policías de la entrada.

La sombra saltó hacia la habitación.

En la oscuridad no podía verse bien la silueta de la cama. La sombra con el bisturí en la mano avanzó y tanteó el lecho.

Los policías de la entrada acababan de recibir el mensaje.

El asesino debió notar algo raro, o quizá fue un, presentimiento. Apartó la sábana que cubría el cuerpo durmiente, y al mismo tiempo se abrió la puerta.

—No la busque. La niña murió, pero usted picó el anzuelo —dijo uno de los policías, revólver en mano.

En la cama había sólo unas almohadas dispuestas de modo que dieran la sensación de que se trataba del cuerpo de alguien.

Bien. Todo ocurrió con inusitada rapidez, muy difícil de cronometrar, porque apenas el policía pudo terminar su frase, que el asesino ya había reaccionado.

Utilizó el bisturí a modo de cuchillo y lo lanzó con fuerza. El instrumento, convertido en arma casual, se clavó en el pecho del agente, que, sin embargo, antes de soltar el revólver que sostenía, logró disparar. La bala ocasionó un rasguño en el brazo del asesino, al tiempo que éste se arrojaba contra el otro agente, que tenía ya el arma en posición de disparar.

La rapidez con que actuó, hizo que el disparo del policía saliera desviado.

El asesino golpeó con fuerza al policía, que cayó, tropezando con su compañero.

Sin darle tregua, el criminal se abalanzó contra él con saña salvaje, y utilizando el otro instrumento cortante de que se había apoderado, se lo hundió en el pecho.

La parte lateral del patio se había llenado de luces y se oían

gritos.

El asesino, moviéndose con rapidez, asomó un instante.

—¡Ahí está! ¡Hay un hombre en la ventana!

—¡Cuidado, no disparen! —exclamó entonces la voz del teniente Briggs—. Pueden herir a sus compañeros.

El asesino comprendió entonces que le habían preparado una trampa. Sabía que estaba rodeado.

Jadeante, busco una posible salida. Por el corredor asomaron un par de médicos y una enfermera.

Se cubrió el rostro con el antebrazo para evitar que le reconocieran y comenzó su desesperada fuga.

Cuando alcanzó el montacargas, vio que estaba subiendo. ¡Iban a atraparlo!

Cambió de rumbo y tomó la escalera de servicio, pero alguien estaba subiendo por ella.

Salió de nuevo al rellano y trató de orientarse. ¡Todo estaba cortado!

Alcanzó otro corredor y corrió desesperadamente hacia el final.

Una enfermera salió de una habitación en aquel instante y el asesino, con su ímpetu, la arrolló. La muchacha cayó al suelo, dando una extraña voltereta.

No había conseguido ver el rostro del hombre, que se sabía atrapado y que luchaba por encontrar un punto por donde escapar.

Era ágil, muy ágil. Eso era todo lo que podían decir de él.

Llegó a una sala de curas, se metió en el interior. Había una ventana al fondo, miró hacia abajo y al no ver a nadie pensó que aquella ala del edificio no estaba vigilada.

Se descolgó por la ventana.

Y en aquella feroz lucha por la libertad, el asesino Vio que la suerte se le aliaba, porque a sus pies se abría una terraza en el primer piso. Se dejó caer.

Alguien corría por el interior de la estancia. Eran policías.

—¡Ha saltado!

Los policías comenzaron a disparar, pero el asesino había tenido tiempo de protegerse en mi rincón. Y de allí saltó abajo sin pensarlo dos veces. Aquella parte estaba toda oscura y ello le permitió esconderse, entre los setos.

Corrió como un loco, escuchando los ladridos de los perros que

coadyuvaban en la búsqueda.

Llegó hasta la verja que comunicaba con un callejón. Allí, al otro lado, había dejado el coche.

Se encaramó para saltar al otro lado.

Una de las puntas de hierro de la verja se enganchó en su pantalón, pero el fugitivo tiró con fuerza. El pantalón se desgarró, pero él consiguió saltar hacia el callejón.

—¡Por allí! ¡Por allí! —gritaban unas voces.

Los ladridos de los perros sonaban más cerca. No obstante, él estaba ya en el interior de un coche pequeño. Lo puso en marcha y salió.

Cuando un grupo de agentes que acudían a cortarle leí paso por aquel lado advirtieron el automóvil, el asesino se les echó materialmente encima, subiéndose a la acera e intentando arrollarlos en masa.

Los policías tuvieron que esquivar como pudieron. Uno resultó alcanzado y otro quedó maltrecho. Un tercero sin embargo, en difícil posición, comenzó a disparar.

Dos balas alcanzaron el coche, pero el fugitivo, salió ileso y dobló hacia una calle de dirección prohibida.

No tardaron en perseguirle cuatro automóviles oficiales. Y el resto de los coches que normalmente patrullaban la ciudad fueron alertados.

Se dieron las señas del coche, aunque no podían precisar la marca ni la matrícula.

El fugitivo cruzó una de las arterias principales para enfilarse por otra calle menos concurrida.

Al cruzar observó que se aproximaba un autobús. Frenó el coche unos cuantos metros calle adentro y volvió corriendo a la avenida.

La parada del autobús estaba cerca... Procuró disimular el roto de su pantalón, que le quedaba en medio de las piernas. Acompasó su respiración para que su agitación no le denunciara y montó en el vehículo de servicio público.

El conductor le cobró el billete sin fijarse demasiado en él y el fugitivo ocupó el último asiento.

Sólo viajaban otro par de personas en el vehículo. El asesino miró hacia atrás donde podía ver uno de los coches de la policía que se había detenido en un cruce. Llegó otro coche haciendo

funcionar las sirenas.

¡Le habían perdido!

Los penetrantes ojos del asesino se entornaron, y una sonrisa burlona brilló en ellos.

No. La trampa del teniente Briggs no había dado resultado.

Y los labios carnosos del sádico se movieron lentamente para murmurar lo que la cabeza criminal estaba pensando:

—Tendré que darles una lección para que sepan que no soy tan ingenuo. Sí, teniente Briggs, voy a darte trabajo esta noche, y de paso, procuraré pasármelo bien.

CAPÍTULO XIII

Era más de medianoche cuando el capitán de la brigada se despachaba a gusto.

Briggs escuchaba resignado la reprimenda que ya esperaba.

—Si todas las trampas que se le ocurren terminan con los mismos resultados, Briggs, ya podemos ir pensando en cambiar de oficio.

—La idea era buena, señor. La prueba de ello es que el asesino picó el anzuelo.

—Sí. Ya he visto cómo. ¿Es que no tenía rodeado el edificio?

—Sí, señor, pero salió mal. A pesar de todo, creo que algo hemos ganado. Ahora nuestro hombre se sentirá menos fuerte, sabe que vamos estrechando el cerco. Puede que trate de huir.

Pero el teniente se equivocaba de medio a medio porque en aquellos momentos el asesino, con el concurso de otro coche robado, se aproximaba hasta un centenar de metros de la casa de los Curtenay.

Detuvo el coche cerca de una cabina telefónica. Entró en ella y tomó el listín para buscar el número. Después introdujo el dinero en la ranura para marcar.

El timbre sonó en el *living* de la casa. Richard se hallaba tendido en el sofá y saltó rápido para tomar el auricular.

En aquellos momentos, Peggy había conseguido conciliar el sueño.

La voz del asesino sonó concisa:

—Oiga... Soy el doctor Rathbone, del hospital. ¿Con quién hablo?

Un pañuelo puesto delante del micro disimulaba la auténtica voz del asesino, que sin duda no quería correr ningún riesgo.

—Soy Richard Lane —repuso el joven.

—¿Está la señorita Peggy con usted?

—Creo que ahora se ha dormido. ¿Qué pasa? ¿Puede hablar conmigo? ¿Quién ha dicho que era?

—Rathbone. Cirujano jefe. Me ocupo personalmente del caso del señor Curtenay.

—¿Hay noticias?

—No muy agradables, señor Lane. Sería mejor que se pasara usted por aquí. Venga solo. Es mejor, ¿sabe?

—Pero... ¿Qué ha pasado?

—El herido ha empeorado. La señorita Peggy no podría hacer mucho en estos momentos. Venga usted, se lo ruego. Perdone que no me entretenga. Buenas noches. Le espero en mi despacho en el hospital.

Colgó. Richard lo hizo también. Dudó unos momentos entre avisar a Peggy o seguir las instrucciones recibidas del falso médico.

Subió arriba, y entreabrió la habitación de su prometida. Ella se hallaba tendida en la cama, vestida. En aquellos momentos dormía. Pensó que efectivamente era mejor no despertarla. En aquella hora, ya la una de la madrugada, el tráfico era prácticamente nulo y podía hacer el trayecto en un cuarto de hora o poco más. No volvió a pensarlo.

Antes de salir tomó la llave de repuesto de la puerta principal que siempre solía estar colgada en la misma entrada. Salió y cerró. Dio un rodeo para asegurarse que la puerta de la cocina estaba cerrada también, igual que la que comunicaba con la piscina.

Rápidamente subió al coche y desapareció.

No pudo ver el coche del asesino, porque éste ya se había cuidado de esconderlo entre los setos.

Entonces, en la oscuridad, el hombre que acababa de salir de una encerrona sonrió abiertamente. Sus ojillos brillaron con un extraño fulgor mientras comenzó a caminar sin prisas hacia la casa de los Curtenay.

Peggy seguía dormida.

Briggs por su parte no se había dormido. Lo primero que hizo fue comprobar si Mike Curtenay seguía bajo control de los agentes encargados de su vigilancia. Su coche se detuvo frente al hotel.

Sentado en un portalón, protegido por las sombras se hallaba un agente de paisano.

—Llegó a las nueve de la noche y desde entonces no ha vuelto a

salir —informó el agente.

Briggs volvió al automóvil y se fue hacia la parte de atrás del edificio. En un patio exterior se hallaba otra salida, y allí, rondando por las cercanías se hallaba otro agente.

—Nada de particular, teniente.

—¿Cuál es su habitación?

—La 712, en el séptimo piso, claro.

—¿Se ve desde aquí?

—No. La verá por la parte lateral. Pero no hay salida. Venga conmigo. Se la mostraré.

Momentos después, tras salir del patio, el agente encargado de vigilar la salida trasera mostraba la penúltima ventana de la séptima planta.

—Es ahí.

La ventana estaba oscura.

El teniente no se dio por satisfecho y fue hacia la parte principal para entrar en el hotel. Había el vigilante nocturno echando una cabezadita detrás del mostrador. A su espalda estaban las clavijas de la centralita telefónica.

Briggs mostró su placa y pidió:

—Póngame con la habitación 712.

Obedeció el portero y puso la clavija en el lugar indicado. El teléfono comenzó a sonar sin que nadie lo tornara.

—Puede que esté durmiendo —dijo el hombre.

—Insista hasta despertarle.

Pero la insistencia resultó vana.

Briggs no quiso esperar más, tornó el ascensor y; subió al séptimo piso. Las llamadas que hizo a la puerta no dieron ningún fruto. En cinco minutos consiguió que el portero, con; una llave maestra, abriese la habitación.

¡Estaba vacía!

Briggs apretó los puños y ahogó una exclamación.

¿Por dónde había salido Mike escapando de la vigilancia?

Lo supo después. El edificio tenía diez plantas, Mike sólo tuvo que subir a la azotea y saltar al edificio contiguo que tenía dos plantas menos. Después hizo lo propio saltando hacia otro de igual altura. Aquí tuvo que salvar la anchura de un callejón, por lo que demostraba que Mike tenía una extraordinaria habilidad.

Lo demás fue fácil. De ese modo, pudo salir por la puerta principal de cualquiera de los edificios contiguos.

La verdad era que había escapado de control.

El policía Clarence fue llamado desde la central.

Había que cubrir todas las posibilidades por remotas que fueran y Morrow, ayudante de Briggs, quería hacer una comprobación.

—¡Clarence!

—Sí. ¿Qué hay?

Clarence todavía no se había acostado, aunque llevaba puesto el pijama, pero como solía hacer siempre, se había quedado a leer un buen rato.

—Referente a ese chico... A Vincent. ¿Sabe si está en su casa?

—Cuando pasé antes estaba.

—¿A qué hora?

—Alrededor de la medianoche. ¿Por qué?

—El tipo que buscamos ha estado en el hospital. Intentaba cometer un asesinato. Dos muchachos han muerto.

—¡Cielos! ¿Quiénes?

—Burton y Collins.

—¿Harry Collins?

—Sí. Era amigo suyo, ¿eh?

—¡Y tanto si lo era! ¡Pobre Norah! Es su esposa. Creo que necesitará que alguien vaya a consolarla. ¿Se lo han dicho?

—Todavía no. ¿Quiere encargarse usted?

—No es una papeleta de las que me agradan, pero lo haré.

Clarence se vistió rápidamente y luego tomó su propio coche, un viejo «Ford».

Tenía que pasar forzosamente por delante de la casa de Vincent Cabot, y al hacerlo continuó viendo luz en la ventana y la silueta tras los cristales.

Entornó los ojos, como si algo no muy bien definido llamara su atención.

Algo que en aquel momento no supo definir.

Continuó su marcha.

* * *

El asesino estaba ya junto a la piscina de la casa de los Curtenay. En la noche de luna llena, su sombra se recortaba sobre el bien

cuidado césped que enmarcaba la piscina.

Se enfundó un guante en la mano derecha y trató de abrir la puerta que comunicaba con la casa.

No cedió. Entonces trató de penetrar utilizando la puerta de la cocina, con lo que demostraba conocer bien la casa, porque sus pasos eran seguros.

Sabía siempre dónde tenía que ir.

Encontró la puerta cerrada y probó de levantar el cristal de la ventana.

No lo consiguió porque había sido echado el seguro desde dentro. Dio la vuelta por la parte posterior, probando en las otras ventanas, pero, estaban igualmente aseguradas.

No se inmutó, sin embargo, aunque hizo un gesto de contrariedad. Pensó unos instantes y volvió hacia la piscina. Allí observó largamente la puerta de cristales. Era corredera, con cristal de seguridad.

Con la mirada, el asesino buscó el pequeño cuarto donde sabía que se guardaban las herramientas para cuidar el jardín.

Aquella puerta sí estaba abierta y al poco rato salió con un pico. Era lo que necesitaba.

Richard Lane pisaba con fuerza el acelerador camino del hospital. Había recorrido la mitad del trayecto y en su mente daba vueltas una extraña sensación.

Con las prisas y la obsesión propias de quien espera noticias urgentes, había aceptado como normal aquella llamada telefónica. Sin embargo, había algo extraño. ¿Era en el nombre del doctor? ¿Rathbone?

Bueno, él no sabía cómo se llamaban los médicos. Quizá lo anormal no residía allí.

Generalmente los reflejos de Richard eran rápidos, como tienen que serlo todos los de un buen conductor.

Solamente llevaba un par de minutos barruntándose «aquello».

¿Qué había sido?

¡Ya lo tenía! Sí. Fue algo que dijo aquel doctor Rathbone. Nombró a Peggy.

¿Cómo podía saber que su prometida se llamaba Peggy? Y en caso de que la señora Curtenay lo hubiese dicho, lo normal habría sido que el médico la llamara «señorita».

Y más que esto... Sí...

Fue la familiaridad con que había pronunciado el nombre de la muchacha.

La visión de una cabina telefónica le hizo frenar la marcha. Saltó al interior para hacer lo que ahora lamentaba no haber hecho desde el primer momento. ¡Comprobar la llamada!

Depositó la moneda y buscó el número del hospital. Ahora cada décima de segundo le parecía un siglo.

Sus dedos ágiles dieron con la página. El índice recorrió los números hasta dar con el que buscaba.

Su inquietud aumentaba a medida que iba marcando el número para establecer la comunicación.

Cuando la enfermera de guardia respondió a la llamada se sintió más aliviado, pero tras las preguntas necesarias, su alivio se esfumó para dar paso a una mayor y justificada inquietud.

—No, señor... Desde aquí no ha llamado nadie. Los últimos informes referentes al paciente no han variado en absoluto. Su estado sigue...

Richard no esperó a que la enfermera terminara de hablar. Salió y se metió en el coche.

Ahora sabía la verdad. ¡El asesino le había hecho salir de casa para que Peggy se quedara sola!

CAPÍTULO XIV

Y el asesino, con el pico en la mano se aproximó a la puerta de cristales.

Tomó impulso y descargó la herramienta contra una de las puertas.

Como todo cristal de seguridad, no se astilló, quedó desmenuzado, pero sin soltarse.

El asesino únicamente tuvo que dar un segundo golpe con menos fuerza para que quedara el boquete suficiente por donde poder entrar.

El ruido, sin embargo, había despertado a Peggy, que se incorporó sobresaltada si bien ignorante de las causas que la habían despertado. Se levantó con la sensación de que, sin embargo, ocurría algo que no era del todo normal.

Se aproximó a la puerta y oteó por el corredor. Todo estaba oscuro y se extrañó, porque si Richard estaba abajo debería tener por lo menos encendida una de las lamparillas de sobremesa. A menos que la hubiese apagado para poder dormir.

Se quedó en el umbral de la puerta sin atreverse a avanzar y le llamó:

—Richard.

Lo hizo con alguna timidez.

—¡Richard! —insistió más fuerte.

Pero su llamada no tuvo contestación.

Jadeó cuando el miedo comenzó a atenazarla. Se dijo, sin embargo, que tenía que recobrarse, serenarse.

Avanzó con sigilo hasta alcanzar la barandilla de la escalera.

—¡Richard! ¿Estás ahí? —gritó por tercera vez.

El asesino, en la oscuridad, debió tropezar con algo porque se escuchó claramente un ruido propio de un mueble al ser desplazado involuntariamente.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Peggy, que retrocedió. Luego volvió el silencio.

El asesino con los ojos habituados a la oscuridad seguía avanzando hacia el pie de la escalera.

—¡Richard! —gritó ahora Peggy desesperadamente, con todo el horror de presentir su absoluta soledad. Soledad en cuanto a tener que defenderse porque sola no lo estaba. Alguien se movía allá abajo, alguien que ya comenzaba a subir la escalera.

Ahora retrocedió corriendo, intentando librarse de aquel agarrotamiento que sentía en todos sus miembros.

Sabía que no tenía ninguna salida posible y se encerró en su habitación, mientras el asesino, sin prisas, iba subiendo por la escalera peldaño a peldaño.

Sus pies apenas hacían ruido, pero ella «notaba» aquellas pisadas pagadas.

—Tap... Tap...

—¡Richard, Dios mío! ¿Dónde estás? ¿Por qué me has dejado? —exclamó Peggy en un susurro.

Y una respuesta apagada iba aumentando su terror pánico:

—Tap... Tap...

Richard había recuperado un par de minutos, pero todavía le quedaban cinco o seis para llegar hasta la casa.

Pisaba a fondo. Pisaba. Pisaba.

Con los ojos fijos en la carretera y el corazón en un puño, sólo pensaba en Peggy. En librarla, si todavía tenía tiempo, de la terrible situación que estaría pasando la muchacha.

Sospechaba que cada segundo podía ser de vital importancia. Y no se equivocaba en absoluto.

Y en la casa seguían aquellos ruidos cada vez más significativos para Peggy. Aquél:

—Tap... Tap...

El asesino había llegado ya en lo alto. Allí se detuvo un momento. No tenía que orientarse porque parecía saber qué habitación ocupaba la muchacha. Acaso sólo gozaba con la espera, como si se complaciera en el terror que atenazaba a Peggy.

Comenzó a avanzar, resuelto, decidido a alcanzar la habitación de la muchacha.

Ella asomó por la ventana y comenzó a gritar:

—¡Socorro! ¡Auxilio!

Sabía que aquello era inútil. La casa estaba aislada. Y entonces lamentó no haberse encerrado en el cuarto de sus padres porque allí había teléfono.

Pero ya era tarde para volverse atrás.

—Tap... Tap... Tap...

¡El asesino estaba allí!

¡Al otro lado de la puerta!

¿Qué le costaría forzarla?

—¡Socorro! —gritó de nuevo.

Richard estaba a un par de kilómetros todavía. No tardaría en llegar.

El asesino cargó contra la puerta cuando ella intentaba saltar por la ventana.

Al segundo intento la puerta cedió.

Ella se volvió horrorizada.

—¡No! —gritó.

Podía «adivinar» la silueta en el umbral de la puerta, pero con las luces apagadas no podía ver de quién se trataba.

Entonces comenzó a sonar con insistencia el claxon del coche de Richard.

Aquello cambió la situación.

El asesino pudo ver el potente reflector de los faros y comprendió la verdad.

No dudó ni un instante en retroceder para emprender la huida.

Richard acababa de detener su coche gritando:

—¡Peggy! ¡Peggy!

—¡Aquí, Richard! Ha intentado atacarme.

El asesino salió por el mismo hueco de la puerta del jardín, cuando Richard estaba abriendo la entrada principal de la casa.

Peggy seguía sin moverse, junto a la ventana. Entonces vio la silueta correr, por entre los setos.

—¡Por allí, Richard! En la piscina. ¡Ten cuidado!

Richard cruzó la casa en cuatro zancadas y al ver el boquete del cristal comprendió lo ocurrido. Sin embargo, no se entretuvo en absoluto y salió tras las huellas del fugitivo.

Ahora la muchacha temía por Richard, pero a la vez deseaba que

consiguiese atrapar al criminal.

El maníaco, sin embargo, jugaba con la ventaja de saber a ciencia cierta dónde se dirigía: Hacia el coche para huir con él.

Cuando Richard se detuvo tratando de detectar algún ruido, creyó escuchar algo a poca distancia. Hacia la casa en construcción. Dirigió hacia allí sus pasos y escuchó unos jadeos, como ruido de lucha.

—¡Eh! —gritó—. ¡Quieto!

La lucha cesó y entonces pudo escuchar unas pisadas que se alejaban rápidamente.

Alguien salió a un lado y una voz conocida advirtió a Richard.

—¡Por allí! ¡Anda por allí!

Richard avanzó hacia el hombre que acababa de hablarle. Por su voz sabía ya quién era.

La luna daba de lleno en el rostro de Mike Curtenay.

—¿Usted? ¿Qué diablos estaba haciendo aquí?

—No haga preguntas ahora. Si quiere detener a ese hombre desespere. ¡Ha ido por ahí! Se me ha escapado por poco —y echó a correr.

Richard no sabía qué pensar.

Siguió sin embargo, a Mike, pero la búsqueda fue inútil.

Por la carretera transitaba algún coche. ¿Se había fugado realmente el asesino?

Luego los dos hombres se encontraron de nuevo y permanecieron frente a frente, en silencio, desafiándose con la mirada.

CAPÍTULO XV

Briggs se hallaba en la casa de los Curtenay con algunos agentes que vigilaban los alrededores.

En el salón, el policía recogía las explicaciones de lo ocurrido.

Después de que Peggy hubiera explicado, lo sucedido desde el momento en que despertó, fue Richard quien resumió su parte para que al final el teniente se encarara con Mike.

—¿Y usted, señor Curtenay, qué estaba haciendo aquí?

—Lo que hubieron debido de hacer ustedes, teniente —fue la respuesta del hombre de Canadá—. En vez de utilizar sus efectivos para vigilarme a mí, pudo haber pensado en los que realmente tenían necesidad de ser protegidos.

—¿Por qué escapó por el terrado del hotel? Si nada tiene que ocultar, ¿qué puede importarle que la policía le siga?

—Nunca me ha gustado la policía. En esto creo que sigo siendo un perfecto americano, pero no estamos aquí para divagar, teniente, y voy a decirle algo por si le ha pasado por su caletre.

Tras una pausa, Mike añadió:

—Mire, desde que he llegado aquí han sucedido cosas corrientes y yo también he llegado a mis conclusiones, ¿sabe? Primero; alguien roba mi coche y se sirve de él para ir a visitar a una muchacha y asesinarla. Posteriormente deja el automóvil en el parque donde se halla jugando una pequeña que se cree que puede identificarle. Por último, atacan a mi hermano y roban mis cartas y las fotografías. Todo ello parece indicar que alguien se propone hacerme pasar como el único sospechoso. Y le aseguro, teniente, que no soy persona que se resigne fácilmente. ¿Me explico? No quiero pagar los platos rotos por nadie.

—¿Debo entender que usted con su superior inteligencia presentía lo que iba a ocurrir esta noche? —terció el teniente con fina ironía.

—No. No lo presentía, porque de haberlo imaginado, le aseguro que hubiese estado aquí a tiempo... y a estas horas el criminal estaría ya en su poder, y con ello les hubiera prestado un buen servicio.

—¿Qué hizo usted, pues? —preguntó el policía.

—Ir a dar una vuelta sin fisgones a mi alrededor. Le dije que me habían robado el coche a la puerta de una discoteca. ¿Es que no tengo derecho a hacer mis propias averiguaciones?

—¡Espere, espere! —indicó al teniente, que pretendía interrumpirle—. Yo estuve rondando, por los mismos sitios que ayer, tratando de recordar, y creo que no he perdido mi tiempo del todo. Vi a alguien. No puedo decir exactamente quién es porque se ocultó. Tengo la sensación de que me sigue, de la misma forma que yo le seguía a él. Es decir... Bueno, no sabría cómo explicarme. Esto es como una especie del juego del gato y el ratón. El criminal, su criminal, sabe quién soy yo y conoce mi relación con la familia Curtenay. Puede que esta noche no esperase verme y por eso tuvo que ocultarse. Pero ahora ya sé que existe este alguien, y que cuando robó mi coche, pudo ser o no ser tan casual, que de un modo u otro ese individuo se sirvió de mí.

—¿Adónde quiere ir a parar? —inquirió Richard.

—Tal vez a que por casualidad, el asesino es alguien que conoce bien a la familia y que mi llegada le ha proporcionado a él un magnífico plan para despistarles a ustedes.

—¿Alguien que nos conoce? —inquirió Richard, pensativo.

El teniente enseguida pensó en una persona y se dirigió hacia el teléfono.

Marcó un número y no contestaron.

—¿El número de su amigo es el 24.37.343? —inquirió el policía.

—¿Se refiere a Tony? —preguntó Richard.

—Sí.

—¡Oh, teniente...! Sí, sí lo es.

—Es raro. No contesta.

—Pero, teniente...

El policía volvió a marcar sin resultado. Colgó.

—Bueno, sigamos —dijo dirigiéndose al de Canadá.

—Sólo me resta por decirle que intenté dar con el individuo que se ocultó al verme, pero luego se esfumó. Pensé que allí ya no tenía

nada que hacer y di unas cuantas vueltas con el coche tratando de poner en orden mis ideas. Luego pensé en Peggy.

—Usted sabía que estaba en su casa con Richard —dijo el teniente.

—Sí, pero aun así me dije que no estaría de más que diera un vistazo.

—¿Para qué? —interrumpió Richard.

—Muchacho... Porque si a ti te asiste el derecho de pensar que yo pueda ser un impostor, también yo tengo mi criterio y pienso que nada te libra de sospechas.

—¿Cómo se atreve?

—Calma, calma —pidió el teniente—. Discutir no conduce a nada. Quedamos en que usted acababa de llegar y sorprendió al individuo que huía.

—Ya se lo he dicho al principio. El tipo chocó conmigo. Traté de sujetarle, pero se escurrió entre mis manos. Me derribó porque me cogió de improviso, pero será la última vez que esto ocurra... Se lo aseguro —concluyó Mike.

El teniente volvió al teléfono y volvió a marcar el número de Tony mientras consultaba su reloj.

Aquella vez tuvo suerte y Tony contestó a la llamada.

—Soy el teniente, Briggs, ya sabe... ¿Dónde estaba usted, Tony? He intentado localizarle antes.

—¡Oh, acabo de llegar! Estuve en el Lobo con una chica. Sheila... Creo que ya la conoce usted. Hemos salido hace poco. ¿Pero todavía anda usted preocupado por mi vida privada?

Ante el silencio del teniente, Tony cambió de tono para preguntar con voz grave:

—¿Es que ocurre algo, teniente?

Briggs le explicó brevemente:

—Alguien ha intentado matar a la niña que estaba en el hospital... Luego ha ido a casa de los Curtenay para atacar a Peggy después de conseguir que Richard saliera.

Hubo un silencio. Luego la voz de Tony repuso:

—¿Está usted en casa de Peggy, teniente? Si es así, salgo inmediatamente para allí —y colgó.

Cuando Briggs colgó a su vez, murmuró:

—No estará de más que vea a esa Sheila para que confirme la

declaración de Tony.

—Sheila es una buena muchacha. Yo la conozco —murmuró Peggy, que hasta entonces había permanecido callada.

Eran casi las tres de la madrugada cuando el policía Clarence regresaba tras haber dado la noticia de la muerte de un compañero a la esposa de éste. Venía cariacontecido, cuando pasó por delante de la casa de los Cabot, donde la luz brillaba todavía en la ventana de la habitación de Vincent. La miró casi sin verla, como algo que en aquellos momentos careciese de importancia.

No se preguntó siquiera por qué en el tiempo transcurrido, la silueta parecía invariable, en la misma posición.

Quizá no hubiese pensado en ello hasta más tarde de no haber visto a través una sombra que se deslizaba por un callejón.

Con su olfato policial reaccionó rápidamente; detuvo su coche y apagó las luces.

Entonces pudo ver cómo la sombra trepaba por la escalera exterior de una de las casas.

Clarence salió del coche y se mantuvo a la expectativa.

Siguiendo a la sombra pudo ver cómo ésta alcanzaba un terrado contiguo a la casa de los Cabot.

Se le adelantó corriendo ágilmente hasta situarse en la parte de atrás.

El reflejo de la luna le permitió ver perfectamente al hombre:

¡Vincent!

—¡Vincent! —llamó.

El muchacho, al verse sorprendido, dudó en dar el último salto que le hubiese conducido hasta la azotea de su casa.

—¡Maldito seas, Vincent! ¡Has estado tomándome el pelo! ¡Salta de ahí! ¡Vamos! ¡Salta!

Vincent reaccionó y corrió hacia la casa, pero el policía había empezado ya a llamar.

Tenía ya la prueba. Porque la silueta seguía tras la ventana, pero Vincent no estaba allí...

Briggs recibió una llamada del puesto de policía cuando todavía se hallaba en casa de los Curtenay. Tony llegó en aquellos momentos preguntando:

—¿Qué ha pasado? ¿Y Peggy, cómo está?

—No ha ocurrido nada gracias a Dios, Tony. Calla —e indicó que el teniente estaba hablando por teléfono.

Tony observó entonces a Mike y avanzó hacia él mirándole con recelo y desconfianza. Mike se volvió de espaldas y se encaminó hacia la puerta mirando el exterior distraídamente.

Briggs recibía la llamada telefónica.

—Noticias de Canadá... Mike, en principio no aparece fichado por la policía, pero hay algunas dudas con respecto a la fotografía que enviamos. Parece que su rostro no les es desconocido, aunque de momento no pueden facilitar más informes. Tenemos que esperar a mañana.

—Gracias —repuso Briggs, y colgó el teléfono.

Mike seguía oteando el exterior.

El teniente como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea murmuró:

—La primera víctima del sádico fue atacada dos veces. Se llamaba Irene Andrews. En la primera ocasión, el criminal la asedió en un parque público, pero allí no pudo conseguir sus propósitos y entonces volvió por segunda vez... y fue en su casa.

Tras un silencio, Briggs continuó:

—Esto me hace pensar de que es un individuo tenaz... Ha fallado esta vez con la señorita Peggy, pero es posible que lo intente de nuevo. Ella es su víctima inmediata, y querrá consumir su acción.

Mike se volvió lentamente. Tony guardaba silencio. Richard acogió a Peggy, que ahogaba una exclamación.

—Descuide, señorita, Esta vez gozará usted de la máxima protección...

—¿Qué está pensando, teniente? —exclamó Richard.

—En nada... En nada en concreto.

—Yo diría —comentó Mike, interviniendo— que Briggs está insinuando poner a mi sobrina como cebo.

—No sería mala idea —afirmó el policía—. Claro que esto es Peggy quien debe decidirlo...

Clarence golpeó por dos veces el rostro de Vincent en presencia de su madre, que no osaba a levantar la mirada.

Estaban todos dentro de la casa, pero sólo se oía la voz del policía, que al golpear a Vincent por tercera vez masculló:

—¡Me has mentido! ¡Me has mentido! Era un maniquí el que estuvo siempre detrás de los cristales. Sabías que yo te vigilaba y lo hiciste a propósito. Y no fue solo hoy, sino también las otras veces... ¡Maldito seas, Vincent! Yo te di mi amistad y mi confianza... ¡Maldito seas!

Tiró de él con fuerza y exclamó:

—Ahora vas a venir conmigo... Vas a venir y todos pagaremos las consecuencias, yo por confiar en ti y tú... tú tendrás que confesar qué estuviste haciendo durante todas esas noches.

La madre no dijo nada. Fue Clarence, quien volviéndose hacia ella murmuró:

—Supongo que usted lo sabía. Bueno... No se puede culpar que una madre trate de proteger a su hijo. Pero ojalá no tenga que arrepentirse.

Y Clarence de un empujón obligó a Vincent a que saliera fuera.

CAPÍTULO XVI

Domingo por la mañana.

Briggs repasó algunos informes y luego volvió sus ojos hacia el policía Clarence.

—Bueno, Clarence. El capitán no tiene que saber nada a menos que las cosas se compliquen.

—Lo siento, señor. Yo creía en el muchacho.

—Debió explicar lo del bañador y sus frecuentes visitas a casa de los Curtenay, pero de momento dejémoslo... Todo esto son denuncias de familias que acusan a cierto mirón nocturno. Un *voyeur*, ya sabe, los que gozan espiondo a través de las ventanas, sobre todo escenas íntimas, mujeres en paños, menores, etcétera. De momento Vincent Cabot ha confesado que sus escapadas nocturnas eran precisamente para espiar a las chicas cuando se hallaban en sus dormitorios.

—Puede haber mentido, teniente. Ahora ya no le concedo el menor crédito —repuso el policía.

—De acuerdo. Démosle otro margen de confianza. Ahora nos interesa... La señorita Peggy está dispuesta a correr el riesgo de hacer de anzuelo. Si no es hoy, será mañana o cualquier otro día, pero el asesino querrá hacer un alarde de inteligencia y de valor. Intentará burlarnos otra vez, pero ahora le atraparemos, por eso prefiero que Vincent esté libre. Todos los sospechosos tienen que estar libres. Nada más, Clarence —y el teniente tomó el teléfono para contestar una llamada.

Era Morrow.

—¿Qué hay de esa chica, Sheila? ¿Has hablado con ella?

—No, Briggs... Lo único que sé es que anoche estuvo en el Lobo.

—¿Con Tony?

—Sí. Algunos camareros les vieron.

—Bien. ¿Y dónde está ella?

—Lo siento, Briggs. Creo que esto va a complicar las cosas, pero... Sheila ha muerto.

—¿Eh?

Morrow confirmó:

—La marca del sádico... La mataron en un descampado que hay a unos cincuenta metros en la parte de atrás de su casa... Ya he avisado al equipo.

Briggs colgó y lanzó un suspiro de desaliento.

Violentada y golpeada brutalmente. Así estaba la infortunada Sheila.

El forense en su informe preliminar declaró:

—Tuvo que ser anoche. El cadáver presentaba ya el *rigor mortis*.

Por otra parte, los tíos de la muchacha declararon que le habían permitido salir, pero que ellos habían ido a cenar con unos amigos regresando muy tarde, habían bebido un poco y no se acordaron de la sobrina a quien suponían durmiendo...

Ahora ambos se hallaban consternados. La mujer no podía ocultar su vergüenza por tamaño descuido. El hombre afirmaba que Sheila ya era mayor de edad y no tenían por qué estar vigilándola como si se tratara de una niña.

El trágico resumen había sido su muerte.

Tony acudió a identificarla cuando la muchacha se hallaba ya en el depósito de cadáveres.

—Sí. Es ella —dijo, y tuvo que volver los ojos ante la espantosa vista.

Luego el teniente le convocó en su despacho para que el joven contestara las preguntas que el policía tenía que hacerle.

—Teniente... La dejé entre la una y las dos a la puerta de su casa. No subí arriba porque pensé que estaban sus tíos. Además, Sheila no era de esas muchachas que invitan a un chico a subir a su apartamento. Bueno... Yo la vi entrar y me marché. No sé lo que pudo pasar entonces. De veras. Le digo la verdad. Yo pasé todo el rato con ella...

—Supongo que no cometerías la tontería de asesinarla, después de haber dado su nombre como coartada de donde estuviste...

—Yo no tengo ninguna necesidad de dar coartadas, Briggs.

—Sí, claro. Bueno, Tony, de momento nada más. Ya ves que esto

se complica.

—Escuche, teniente, ya nada se puede hacer por Sheila... Ahora sólo me preocupan los Curtenay. Richard... y Peggy sobre todo. Si no le importa, estaré con ellos. Yo también deseo qué esta pesadilla termine pronto.

Briggs no opuso ningún inconveniente.

Durante el resto del día, Briggs estuvo preguntando desde donde quiera que se encontrase, sobre las noticias de Canadá. La respuesta fue siempre la misma. Los colegas canadienses no habían vuelto a transmitir ninguna otra información con respecto a Mike Curtenay.

En el hospital, Don Curtenay seguía privado del conocimiento y no se podía hacer otra cosa que no fuera esperar.

A Aggie Curtenay fue imposible sacarla del hospital y las enfermeras le proporcionaron una chaise longue para que pudiera descansar allí en la salita, protegida de un biombo.

Peggy pasó la mayor parte del día con su madre. Richard jamás la dejó y Tony, como siempre, se ofreció por todo.

Mike había hecho una visita para saber el curso que seguía su hermano y después nadie sabía dónde había ido.

Vincent pasó también el día en su casa, entregado a su tarea favorita; mirar y recortar fotos de muchachas desnudas.

Para el joven psicópata, parecía que no hubiese ocurrido nada. Su madre le subió la comida en silencio y él la miró con una burlona sonrisa que la negra no pudo soportar.

Todo parecía haber entrado en un tenso compás de espera.

Aquella tarde, Briggs estuvo repasando todos los informes esparcidos respecto al caso y puso su atención en un detalle concreto.

Dos personas de las que habían desfilado en la rueda de sospechosos tenían los ojos azules tal y cómo había afirmado una de las testigos. La más joven. Los dos hombres eran uno el agente de la policía que sirvió de relleno para la rueda y el otro, el propio Mike Curtenay.

Briggs comprobó estos informes con los datos personales de los otros sospechosos.

Estaba entretenido en esta tarea cuando un agente vino a informarle:

—Todo está dispuesto, señor.

Eran las ocho de la tarde. Debía comenzar la «Operación cebo».
Y el cebo era Peggy.

* * *

—No habrá ningún policía en la casa. Éste es un riesgo que es necesario correr —advirtió el teniente.

Con él, y en casa de los Curtenay, estaban presentes Peggy, Richard y Tony.

—Ustedes dos van a quedarse aquí —y el policía entregó a Richard un radioreceptor tipo «walky-talky»—. Esto le servirá para ponerse en contacto conmigo si algo va mal. He dicho que no estaremos aquí, pero sí lo suficientemente cerca para acudir y bloquear todas las salidas si hace falta.

—¿Y por qué esperan que el asesino vuelva esta noche? —preguntó Tony.

—Esto es como un reto para él. Es hombre que actúa aprisa... —Y miró con cierto recelo al joven.

—¿Por qué no me encierra, teniente? ¡Diablos! Así estaría más tranquilo. Aunque no lo diga, me mira como si fuese un criminal. ¡Maldita sea!

—Cálmate, Tony —repuso Richard—. El teniente tiene una misión que cumplir. No me extrañaría que incluso llegara a sospechar de mí...

—Pues no va usted equivocado, Richard. En esta profesión hay que confiar en todo el mundo, y no confiar en nadie... Bien. Creo que ya conocen todas las instrucciones. ¡Ah! Desconfíen de todas las llamadas telefónicas. Si se produce alguna, avísennos. Y desde luego hagan como si la cumplieran. Vamos a dar al asesino las máximas facilidades.

—¿Y Peggy? —inquirió Richard.

—No se preocupe. Esta vez no fallaremos.

—Bueno... No hay que impacientarse —sonrió Tony—. No hay nada escrito sobre lo que pueda pasar hoy... Tal vez esto dure una semana.

—Sí, también pudiera ser... Pero yo pienso que es un reto demasiado fuerte para el asesino. En fin, ocurra lo que ocurra, estaremos preparados.

Eran las nueve y media y Peggy procuraba ocultar su nerviosismo.

—Tranquila. Nada va a ocurrir —murmuró Richard a su prometida.

—Deberías ir a acostarte. Todo hay que hacerlo con absoluta normalidad —adujo Tony.

—Es que no puedo —murmuró ella.

—Es natural —murmuró Tony—. Bueno, yo tengo una idea. Creo que será mejor que me quede en la parte de la piscina. ¿No es por ahí donde parece que el asesino tiene predilección por entrar?

Nadie contestó. Tony se aproximó a los dos que estaban cogidos de la mano.

—Gracias por dejaros que os ayude, por confiar en mí... A veces temo que por culpa de todo esto, terminéis desconfiando, como el teniente.

—El teniente no desconfía, Tony. Él quiere ayudarnos. Es lógico que todo el mundo le parezca un posible sospechoso —murmuró Peggy.

Tony sonrió.

—Bueno estaré fuera, ¿eh? Lástima que yo no tenga también un chisme como el tuyo —y se refería al «walky-talky»—. Bien, pero si veo algo... no necesitaré chismes. Hasta luego.

Tony salió, rodeó la piscina y se apostó al otro lado, entre los setos.

Fue entonces, sin que él los notara que unos pasos muy tenues comenzaron a avanzar por entre la zona de setos, después de la casa en construcción.

Tony encendió un cigarrillo y se sentó sobre una piedra, observando alrededor.

Había luna y silueta los objetos, las plantas. Todo era paz y tranquilidad. La persona que avanzaba procuraba no hacer ningún ruido. No quería que nadie pudiera descubrir su presencia.

Dentro de la casa, Richard besaba a Peggy.

—No. No te muevas de mi lado si no quieres —le susurró él.

CAPÍTULO XVII

Tony dio un corto paseo por entre la zona de setos hasta desembocar en el claro, cerca de la explanada donde se levantaba la casa que sería la más próxima a la de los Curtenay. Allí vio algo que le hizo arquear las cejas.

¡El auto de Mike!

Sí. El inconfundible «Cadillac» de matrícula canadiense estaba allí.

Tony continuó su rodeo con sigilo, pero no vio a ningún ser viviente.

Al otro lado de la carretera entre la vegetación, más crecida en primavera, se hallaba disimulado uno de los coches de la policía con un agente de paisano en pie, con la puerta delantera abierta atento al radioteléfono del vehículo.

Más allá, un sargento uniformado oteaba por un claro con unos prismáticos hacia la casa, en la que se veía alguna luz, pero sin nadie que merodeara por los alrededores, ni en la explanada que a través de los prismáticos podía verse en parte, aunque quedaba oculto el lado más próximo a la piscina.

Tony regresó a la casa Utilizando la puerta de entrada de la parte de la piscina que momentáneamente había sido reparada con un plafón de madera para llenar el hueco del cristal, en espera de que fuese repuesto.

Richard se incorporó del sofá donde estaba sentado junto a Peggy.

—¡Gente de paz! —exclamó sonriente.

—¿Todo bien, verdad? —inquirió Richard.

—Pues no lo sé. Hay algo que me gustaría que vieras.

—¿Qué es? —preguntó Richard. Y Peggy se aproximó a Tony.

—Un «Cadillac» blanco con matrícula de Canadá, sin chófer dentro.

—¿El automóvil de Mike? —musitó Peggy, enarcando las cejas.

—Juraría que en todo St. Louis, incluido Sakeswan y sus alrededores, no hay más coche con matrícula de Canadá que ése.

—¿Dónde está? —inquirió Richard, avanzando hacia la puerta trasera.

—Después de los setos, cerca de la casa que están construyendo.

—¿Y has visto a...?

—¿Al tío Mike? ¡No! Ni rastro.

—¡Yo voy con vosotros! —exclamó la muchacha al ver que los dos hombres estaban dispuestos a salir.

—No. Enciértrate en tu habitación, y quédate el «walky-talky». Si algo sucede, llama al teniente, prometió estar cerca.

—Sí —exclamó Tony—. Esto está infestado de policías. No se ven, pero, se huelen.

Salieron de la casa. Era cosa de breves momentos, puesto que sólo se trataba de intentar localizar a Mike Curtenay, puesto que su coche estaba allí.

En otro sector de los setos, unas pisadas disimuladas se dirigían hacia la casa.

Las piernas del hombre que avanzaba sigilosamente se detuvieron ante la relativa proximidad de Richard y de Tony. Pero ni él podía verles a ellos, ni ellos al que tan cautamente se movía.

Richard se volvió un momento para mirar hacia la casa. Podía verla aún.

—¡Calla! —exclamó Tony en un susurro—. Creo que... No te muevas.

Tony desapareció hacia un lado como si fuera en pos de algo que hubiese oído.

Richard se quedó a la expectativa, mientras su amigo desaparecía entre la vegetación. Durante quince segundos todo fue silencio.

De pronto Richard se volvió atraído por un ruido, como de una piedra al caer o algo por el estilo.

Por el otro lado, precisamente por donde había desaparecido Tony, surgió una silueta. Iba armada con un palo.

Richard se revolvió rápido. Iba a lanzar una exclamación al reconocer a su enemigo.

Pero el otro le golpeó con energía en el cuello y remachó el

golpe con otro estacazo en la cabeza.

Richard se desplomó sin sentido.

En la puerta del lado de la piscina asomó Peggy, ella no podía ver nada de lo que había ocurrido entre la vegetación.

—¡Richard! —llamó.

Pero Richard ya no podía contestar.

Tony sí podía hacerlo. Porque Tony estaba junto a Richard, con el mismo palo en la mano con que acababa de golpearle.

Su aspecto en aquellos momentos era muy distinto del que solía lucir habitualmente. No había sonrisa alguna en sus labios; una expresión feroz, demencial le envolvía.

—¡Richard! —volvió a llamar la muchacha.

Tony aspiró profundamente como si le faltara aire. Sus ojos. Sus azules ojos seguían refulgentes. Luego en pocos segundos se transformó como hubiese hecho un comediante en el momento en que el regidor de escena le indica que se prepare para salir y representar su papel. Su cara volvió a ser la de siempre, presta a sonreír o a tornarse grave, según conviniera a las circunstancias.

—¡Richard!

—¡Calma, Peggy! —exclamó avanzando hacia ella hasta salir de los setos—. Todo marcha bien, pero no grites. No vayamos a espantar la caza.

Llegó hasta la muchacha.

—¿Dónde está Richard?

—Echando un vistazo al coche de tu tío... o de... quien sea —añadió, utilizando la misma sorna de siempre.

—¡Ah!

—Vamos dentro. Tu Richard está siempre intranquilo por ti. No quiere dejarte sola, aun sabiendo que estamos más protegidos que en Cabo Kennedy.

Tony entró y cerró la puerta.

—¿Por qué cierras? —preguntó ella.

—No te preocupes. Son órdenes.

—¡Oh! Estando con uno de los dos ya no tengo miedo.

—Esto me gusta, pequeña. Me gusta, ¿sabes? —Y avanzó sonriendo de una manera que sin saber por qué, a la muchacha le produjo un escalofrío.

—Tony... —empezó.

—Querida Peggy... Hay momentos en que un hombre tiene que hacer lo que se espera de él.

—¿Qué dices? —inquirió la muchacha como si oyera hablar en latín.

—Pues que... yo tengo cierta fama de... conquistador. Y algunas chicas se burlan. Virginia, por ejemplo... Sí. Ella solía burlarse. Y otras también... Porque creen que los tiempos han cambiado, y han aprendido cosas de los suecos y hasta de los alemanes. ¡Fíjate! ¡La podrida y vieja Europa queriendo dar lecciones a la joven América!

—Pero... ¿De qué estás hablando?

Los ojos de Tony refulgieron. Volvía a ser la fiera dispuesta a atacar... Y ella se fijó que llevaba el macizo palo, que ahora blandía con ambas manos como un jugador de béisbol.

—¡Tony! —exclamó.

—Cuando la pornografía ya se había inventado, nosotros luchábamos aún con los indios aquí en St. Louis, pero éramos creyentes, y las mujeres recatadas.

Miró la corta falda de Peggy, que repentinamente tuvo la sensación de estar desnuda.

—Ahora lo enseñáis todo. Os burláis de todo. Os creéis más fuertes que los hombres y aún reís... ¿De dónde habéis aprendido todo?

—¡Tony! ¡Tú... tú no puedes...!

—Yo, sí. ¿Por qué no? El bromista, Tony, ¿eh? Tengo un tanto a mi favor. Briggs sospecha de mí. Pues tanto mejor. Yo soy amigo de la familia. Y ahora estoy aquí.

—¡Dios mío! ¿Y Richard? —Y Peggy miró significativamente el palo de Tony.

—No te preocupes. Cuando se recobre, todo habrá terminado. Si tú eres buena no pasará nada. ¡Absolutamente nada! Pero primero... Quítate la ropa. Puesto que ya enseñas parte de tu cuerpo. ¿Qué más te da enseñarlo todo? No te molestaré mucho... Unos minutos... Quiero que seas mía... Si no hablas, si no gritas, nada te ocurrirá.

—¡No! —exclamó ella.

—Vamos, nena... Acuérdate de Virginia, ella se burló de mí. Me llevó a su habitación y seguía riendo, como si la conquista fuese suya... Ya ves lo que le ocurrió.

Peggy miraba al asesino llena de horror. De pronto observó el «walky-talky» que estaba sobre el sofá y se precipitó hacia el aparatito, pero Tony se lo impidió saltando como un gato y lo alcanzó primero.

—Esto no arreglará las cosas, pequeña... Yo... Yo te hubiese respetado, pero tú eres como las otras... Sí. Una descocada. Enseñas las piernas, y llevas un escote que... ¡Oh! —Los ojos de Tony se enturbiaron. Era un demente imposibilitado de controlarse a sí mismo porque estaba dando rienda suelta a sus sentidos.

—No... —Siguió—. No eres mejor que las otras, pero la policía me ha dado el reto y yo... yo voy a demostrar que soy el más fuerte.

—¡Tony! —gritó ella, cayendo de espaldas contra el sofá ante el continuo avance del joven—. Si... Si me matas no conseguirías salvarte. El teniente y sus hombres rodean la casa.

—Yo no te mataré si tú no quieres, pequeña... ¡Oh! Pero temo que hablarías. Sí. Tú eres de las que hablan... Como Sheila... ¿Sabes? Salí con ella anoche y le dije... tú quédate ahí, yo tengo que hacer un trabajito... y ella obedeció. Y así pude irme al hospital, pero me habían preparado una buena trampa. ¡Maldito Briggs! Quiso burlarse de mí... Bien, pensé yo. Muy bien. Voy a darte una lección, y vine aquí... Eras la mujer que tenía más a mano, pero ese imbécil de Richard lo estropeó todo... Luego, cuando regresé, Sheila empezó a hacerme preguntas. Yo traté de que se callara, pero no... no se callaba. Entonces pensé que si la policía le preguntaba, ella diría que yo la dejé durante casi una hora y decidí despacharla... ¿Cómo crees que van a acusarme? Yo dije que había estado con ella. En El Lobo todo está muy oscuro y los camareros se fijan poco en la gente, sobre todo cuando está llena, pero sí se dan cuenta cuando entras y les das propina para que te den una buena mesa y luego vuelven a fijarse cuando sales y dices que vas a tomar una copa de despedida. Lo que ha ocurrido entre medio no les importa... ¿Iba a dejar que Sheila me estropeará una buena coartada? No. La quité de la circulación... Tenía que hacerlo.

—¿Y mataste a... a esa niña también? —musitó Peggy casi sin voz, con la mirada llena de terror.

—Ella se lo buscó. ¿Qué diablos sabía yo que la chica estuviera en la casa? Pero no pueden acusarme, ¿sabes?, robé el auto de Mike. ¡Je! Estaba aparcado frente a El Lobo... Me gustó el coche.

Era llamativo. De los que se recuerdan... Claro que yo no sabía que era tu tío...

—Entonces tío Mike es...

—Yo no sé quién es, por supuesto, pero él pagará todo esto.

—¡Oh, Tony! Estás loco. ¡Loco!

—¡No! —exclamó Tony levantando la estaca—. ¡No digas eso! No vuelvas a decírmelo... ¡Maldita arpía...! No estoy loco. No. Lo planeé todo bien, desde lo de Virginia... Sí. Y ahora vas a saberlo todo, porque no lo podrás contar a nadie.

Soltó el palo, dejó el transmisor en la butaca y asió a Peggy con ambas manos, la aproximó y los debates de la muchacha resultaron del todo inútiles. Tony la abofeteó para cortarle las ganas de gritar.

Entonces siguió.

—Yo robé el coche de tu tío, cuando todavía ignoraba quién era. Lo dejé cerca del parque porque con él había seguido a la pequeña... Pensaba librarme de ella de otra forma, pero allí había demasiada gente. Regresé para subir otra vez al coche, pero había otro delante aparcado y todos los que había no tenían las llaves puestas. Tuve que andar bastante hasta encontrar otro, pensé que ya todo sería inútil, pero al volver al parque vi a la niña que seguía allí. ¡Justo cuando el coche que estaba delante del «Cadillac» arrancaba! Por un momento pensé cambiarme, porque si alguien hubiese podido verle seguirían sospechando de su dueño, pero ya era tarde, porque en aquel momento la pequeña salía hacia el sendero. Puse el coche en marcha y...

—¡No! —exclamó Peggy aterrorizada.

Lo que ignoraba el asesino es que en la casa, junto al estante del aparato de televisión había un magnetófono en marcha... Otra precaución del teniente.

Y Briggs, cuando tuviera ocasión de escuchar aquel relato, aunque no sirviera de prueba delante de un jurado, podría atar cabos y relacionar la historia con lo que se veía en la película filmada. El coche que salía un segundo antes de aparecer la muchachita, un segundo antes de que el auto robado por el asesino —el segundo auto en ese caso— se lanzara contra la niña.

Tony siguió dándose importancia, creyéndose en aquellos momentos el mejor actor en su escena culminante.

—Todo fue fácil... Dejé el coche más abajo y regresé para ver

qué había, ocurrido. Se llevaron a la niña y aquello se llenó de policías. Luego cuando se fueron apareció Mike y se llevó el «Cadillac». Entonces supe quién era el dueño y fui tras él. En aquellos momentos yo era el director de su vida. Lo tenía en mis manos...

—Pero tú... tú no sabías que fuese hermano de mi padre — interrumpió ella temblándole la voz.

—¡Oh, sí... sí! Entonces ya lo sabía.

—¿Cómo podías saberlo?

—Porque cuando terminé con Virginia volví a la discoteca. Ésa era mi coartada. Habíamos ido un grupo y cuando se va con mucha gente y se baila con unos y con otros es fácil despistarse... Y entonces fue la primera vez que vi a Mike. Había estado bailando con una amiga mía y buscaba algo, luego se alejó.

Tony rememoraba la escena en que Mike Curtenay advirtió que le había desaparecido el coche, luego recordó también cómo Mike se despedía de la muchacha con la que había bailado.

—Era una camarera —añadió como si hablara consigo mismo—. Tenía su día libre y le gusta bailar. Una mujer veterana ya. A Mike debió gustarle. Yo le pregunté quién era aquel tipo y ella me dijo: «Un hombre como hay pocos». Es un vejestorio —dije yo—. «Los jóvenes deberíais aprender de él. ¡Maldita sea! Iba a invitarme, pero le han robado el coche...». ¿Cómo diablos era ese coche? —inquirí yo, sospechando que el ladrón era yo mismo—. «Uno que tú no podrás tener nunca, pelanas» —respondió ella—. Un «Cadillac». ¡Bah! Te ha tomado el pelo —respondí yo... Pero enseguida pensé que era «mí» «Cadillac» y entonces me interesé por aquel tipo... Dejé a los amigos porque mi coartada ya estaba lista y le seguí. Me extrañó que el tipo no fuera directamente a la brigada de policía, sino que se marchó al hotel como si nada hubiese ocurrido. Aquello me intrigó y pensé que me gustaría saber qué, clase de hombre era... Como le seguí hasta el hotel, me dije a mí mismo que a la mañana siguiente procuraría estar cerca de él. Dormí poco porque pensaba en lo de aquella chica, y a las ocho ya estaba en pie. Fui hacia el hotel y la suerte volvió a acompañarme porque Mike no tardó más de diez minutos en salir. Tomó un taxi. Yo otro.

Sonrió abiertamente y lanzó un silbido.

—¿Y dónde dirías que fue el tío Mike? ¡Je! A la fábrica de tu

padre... Sí. Allí. Yo sabía que aquello era de tu padre por Richard... «¿Y qué va a hacer ese tipo a casa del futuro suegro de Richard?», me dije.

Tony siguió recordando cómo continuó siguiendo a Mike Curtenay y cómo le oyó posteriormente parte de la conversación que sostuvieron los dos hombres.

En principio fue una conversación propia de dos hermanos que han pasado largo tiempo sin saber el uno del otro. Luego el asunto degeneró por otros derroteros. El padre, de Peggy se interesó por los negocios de Mike en Canadá...: Y el recién llegado comenzó a hablar de negocios poco legales.

Tony recordaba las palabras:

«—Diamantes y esmeraldas— había dicho Mike. —Sí... Sí. Proceden de un largo recorrido. Puedo disponer de una larga partida para vender. Podemos Hacernos ricos...»

Pero al padre de Peggy aquello no le pareció bien.

«—Si has venido para esto, Mike, hiciste el viaje en vano. No quiero complicarme la vida...»

Y entonces discutieron.

Tony siguió con su explicación:

—Tu tío se enfadó mucho. Criticó a tu padre. Dijo que siempre sería un burgués sin espíritu... Bueno, luego se fue.

—¿Y tú...? —empezó la muchacha, volviendo a interrumpirle después de un largo silencio.

—Yo pensé que aquélla era mi oportunidad. Esperé a que Mike hubiese salido. Di la vuelta y entré por otra de las puertas del despacho de tu padre.

—¡No! —gritó la muchacha.

—Sí. Le atacué... Él no pudo verme porque estaba de espaldas.

Y Tony revivió la escena, entrando por una de aquellas puertas mientras Don Curtenay no atinaba a con centrarse en lo que estaba haciendo. Tony se había cubierto el rostro con un pañuelo de bolsillo y llevándose el cabello a la cara para que su aspecto pudiera con fundirse totalmente.

Así golpeó al padre de Peggy y lo dejó a morir. Luego fingió un robo. Pero lo hizo sin llevarse nada para que la policía se diese cuenta de que el móvil del robo era sólo un ardid.

—La culpa no fue mía, Peggy. Fue de Mike. Él se había puesto

de por medio y me daba mucho margen a mí... La policía sospecharía de él y yo... Bueno —sonrió—, yo quedaba muy lejos de los hechos. El resto ya lo sabes. Fui a casa de la muchacha para vigilar y esperar a que se quedara sola. La casualidad quiso que la llevaran a aquel parque, y de tu tío ya no tuve que preocuparme más.

—Pero robaste las fotografías y las cartas...

—¡Oh, sí! Y fue muy divertido. Todo lo que sea dar trabajo a la policía es divertido. Así tienen que pensar. Para algo cobran de los contribuyentes...

—Tony, esto no puede salirte bien de ninguna forma.

Por toda respuesta él tomó el palo y luego murmuró:

—Pero si nadie va a saberlo, cariño... Nadie... Tú serás la siguiente víctima del maníaco.

Lanzó una sonora carcajada y avanzó decidido hacia ella dispuesto a golpearla.

Sus carcajadas se hicieron más sonoras. Era como un loco en pleno delirio.

CAPÍTULO XVIII

Peggy no se dejó dominar por el pánico, se levantó sobre el sofá y se dejó caer hacia atrás.

El asesino la perseguía con saña. Derribó el sofá y saltó sobre ella. Peggy estaba en el suelo y logró, rodando sobre sí misma, evitar la acometida de Tony.

En aquel instante el cristal de la puerta que daba a la piscina se hizo añicos. Era el único cristal que podía romperse. Por allí apareció Richard. Con el tiempo que Tony se había tomado para «recrearse» contando sus macabras hazañas, Richard se había repuesto. Tony se volvió contra él. Blandió la estaca y trató de lanzarle otro golpe, pero Richard consiguió esquivar y le embistió con saña.

La cabeza de Richard chocó contra el vientre de su enemigo, al que consiguió derribar.

Tony se puso rápidamente en pie, pero no consiguió sujetar el palo que llevaba porque Richard con la punta del zapato se lo quitó de las manos.

La lucha fue cuerpo a cuerpo.

Richard pegaba con rabia y Tony no podía hacer otra cosa que intentar esquivar los golpes.

Los puños de Richard se estrellaban contra el cuerpo de su adversario, que llegó hasta uno de los ventanales de la casa. Un nuevo golpe de Richard lo hizo pasar por la ventana. Tony cayó al otro lado medio inconsciente. Richard saltó para rematar la lucha, pero su amigo —enemigo ya— reaccionó en el último momento y echó a correr en dirección a los setos. En su desesperada huida trataba de alcanzar el automóvil de Mike Curtenay. Richard continuó la persecución.

Tony alcanzó el auto y trató de abrir la portezuela, pero entonces la voz de Mike sonó a su espalda.

—Quieto, amigo. Ésta es la segunda vez que me robas el coche...

Tony se revolvió tratando de abalanzarse contra Mike, pero éste, resuelto, le golpeó con buen estilo. Primero en el abdomen, después en la mandíbula. Tony cayó contra el coche y quedó sentado en el suelo. Estaba indefenso, porque Mike, fresco y sereno, le estaba pisando materialmente.

—Sabía que alguien trataba de hacerme pagar el pato —siguió Mike—, pero no soy un novato... Dejé el coche deliberadamente con las llaves puestas, cuando me di cuenta de que alguien venía siguiéndome. Me escondí, aunque tú creíste que iba a mi hotel... Te salió mal, amigo, porque continué tras de ti y cuando vi que dejabas el auto aquí, sospeché que tramabas algo y no precisamente algo bueno para mi familia. Así que aguardé... ¡Ah! Y al mismo tiempo oí todo lo que dijiste a mi sobrina. No intervine porque no hacía falta. Ya lo hizo Richard por mí.

Tony se volvió. Richard estaba allí también estrechando el cerco.

—Gracias, Mike —dijo simplemente—. Perdona que hayamos sospechado de usted.

Y Mike mirando el transmisor que Richard llevaba en la mano murmuró:

—Deja las disculpas aparte y llama al teniente.

Richard miró con odio a Tony.

—¡Maldito! —exclamó—. ¡Y pensar que te había dado mi amistad...!

—A veces cuesta conocer a la gente, muchacho. No hagas caso. Dicen que todo está bien... si bien termina. Vamos, llama.

Y Richard comenzó a transmitir. Tony seguía en el suelo. Sabía que ya nada podía librarle de su castigo.

No tardó en verse rodeado de agentes.

Fue entonces cuando surgió en él un nuevo espasmo de locura y trató de huir.

—¡Alto! —gritó el teniente.

Y Tony sacó una pistola de su bolsillo y comenzó a disparar.

No se movió del lugar que había elegido para enfrentarse a la policía.

Le acribillaron.

Cayó al suelo con más agujeros que un colador.

Cuando el teniente se aproximó a él y recogió el arma que había

caído junto a Tony, comprobó que...

—Era sólo una detonadora. Debía estar loco.

—No quiso que le detuvieran. Debía creerse un genio, y los genios no quieren que nadie les juzgue —dijo Mike Curtenay.

Cuando las sirenas de la ambulancia se aproximaban para recoger el cadáver del asesino, no quedaba nadie en la casa porque del hospital habían llamado. Don Curtenay acababa de recobrarse y su familia quería estar a su lado.

No hizo falta que Don confirmara que Mike era su hermano. Su sonrisa bastó. Luego dijo:

—Llagaste en mal día, Mike.

—Bueno —sonrió el de Canadá—. Me quedaré una corta temporada... para cuidar de tu familia. Y puedes confiar en mí, me portaré bien.

Luego dejaron sólo al paciente. Peggy fuera ya de la habitación se aproximó a Mike para entregarle la cinta magnetofónica.

—Es la confesión de Tony. Habla también de ti, tío Mike, quizá te guste conservarla... ¿Sabes? Ahora comprendo por qué no querías que mamá telefoneara a papá. No estabas seguro de ser bien recibido... Pero ahora sé que velabas por nosotros.

—Sí, Peggy. Y a punto estuve de pescar a Tony la otra noche cuando llegó Richard.

—¿Sabías que era él? —inquirió la muchacha.

—No sabía quién era, pero en cambio me había dado cuenta de que alguien andaba detrás de mí, y con mi experiencia es fácil darse cuenta de cuando a uno le siguen... Pero ayer se me escapó... En fin —tomó la cinta grabada y murmuró—: Me gustará oírla.

Richard se aproximó también para sonreír a Mike.

—Debo agradecerle una vez más que estuviera usted allí.

—Claro, muchacho, no iba a abandonar a mi familia. Anda, id a descansar. Creo que ya alborea el nuevo día. Yo acompañaré a Aggie. ¡Hasta la vista! Richard se alejó con. Peggy, mientras Mike volvía con su hermano y su cuñada.

Su hermano. —Don— estaba durmiendo otra vez. Le habían administrado un calmante.

Mike murmuró al oído de su cuñada:

—Aggie... Si alguna vez oyes algo acerca de mí, algo que no te guste, puede ser cierto o puede no serlo, pero piensa que el collar

que te regalé entró legalmente en Estados Unidos; Eso sí que es verdad.

Aggie no comprendía nada.

Mike jugueteaba en silencio con la cinta magnetofónica que le había entregado su sobrina.

Por la carretera, de vuelta a la casa, Richard conducía sin prisas, y con una mano únicamente al volante, porque la otra la tenía ocupada en rodear a Peggy.

Tras las montañas del Este asomaba el sol del nuevo día.

El teniente Briggs recopilaba los datos que había obtenido de Peggy, de Mike, y del propio Richard, y redactaba el informe que concluiría el caso.

Luego iría a descansar.

Era ya lunes, en apariencia otro lunes cualquiera, porque para la gente que no se ve involucrada en las desgracias o en las alegrías que ocurren a los demás.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

